

**Quinto Certamen Literario de la
Biblioteca Universitaria de Granada**

Granada

2016

© Textos: Los Autores

© Edición: Biblioteca Universitaria de Granada

URI: <http://hdl.handle.net/10481/41590>

Primer Premio:

María Domínguez del Castillo

Accésits en orden alfabético:

María Teresa Gómez Molina

Antonio Munir Hachemi Guerrero

José María Pérez Cordón

Javier Rodríguez Árbol

El Jurado de este Premio ha estado compuesto por los siguientes miembros:

Antonio Sánchez Trigueros

Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Granada

María Isabel Cabrera García

Directora de la Editorial de la Universidad de Granada

Amelina Correa Ramón

Catedrática de Literatura Española de la Universidad de Granada

Julia Olivares Barrero

Miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada y Bibliotecaria de la Diputación de Granada

Rocío Raya Prida

Bibliotecaria de la Universidad de Granada

Prólogo: El poder del lector en <i>El Quijote</i>	6
Antonio Sánchez Trigueros	
Introducción.....	9
María José Ariza Rubio	
En cambio el silencio	11
María Domínguez del Castillo	
Los pájaros perdidos.....	29
María Teresa Gómez Molina	
M	48
Antonio Munir Hachemi Guerrero	
El color de un mundo mágico.....	62
José María Pérez Cordon	
Cuando el hielo quema.....	82
Javier Rodríguez Árbol	

El poder del lector en El Quijote

Cuando acabamos de celebrar el centenario de la Segunda Parte del Quijote y ahora conmemoramos la muerte de su autor, puede ser buena ocasión para recordar que una de las muchas genialidades de Miguel de Cervantes es haber escenificado en su obra maestra la fuerza potencial y el poder real del lector. En efecto, muchos personajes aparecen como lectores activos en El Quijote y, si importante es la figura del lector en la Primera parte, la Segunda nos revela ya su apoteosis con todo su poder de juicio y exigencia, a lo que se añade el hecho de que ahora se presente a unos personajes como lectores de la edición de 1605, su Primera Parte.

En efecto la verdadera apoteosis del lector viene introducida y escenificada en el espacio de la novela por el Bachiller Sansón Carrasco (II, 3), que, conocedor también de la edición de 1605 y su repercusión, se hace eco preciso de los problemas que algunos lectores han señalado en la construcción narrativa de la historia del hidalgo y así se lo hace saber a la pareja protagonista. En este sentido este capítulo no tiene desperdicio; ahí, entre otras cuestiones, se hace relación de las aventuras preferidas por el público, se enumeran distintos tipos de lectores del libro y se alude directamente al rechazo que ha provocado la inclusión de relatos como *El Curioso impertinente*, «por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote».

En clara relación con este juicio negativo de ciertos lectores está mucho más adelante el comienzo de otro capítulo (II, 44), en que el narrador rescata las razones con que Cide Hamete Benengeli, por entender grave inconveniencia escribir solo de la materia quijotesca, trataba de justificar la inclusión, en la Primera Parte, de novelas como «la del *Curioso impertinente* y la del *Capitán cautivo*, que están como separadas de la

historia». Pero considerando ahora el autor morisco que los lectores, embebidos como estaban en las hazañas de don Quijote, «pasarían por ellas o con priesa o con enfado, [...] en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece».

Desde la perspectiva de la contemporánea y justificada reivindicación de la figura del lector, con la Escuela de Constanza a la cabeza desde los pasados años sesenta, creo que la cuestión que se plantea en esos dos capítulos de la inmortal novela es muy interesante porque en el mismo espacio narrativo se está escenificando el inmenso poder influyente del lector, que en este caso ha empujado al narrador a llevar a cabo un importante cambio en la forma compositiva de su novela: dejar a un lado los restos de la vieja estructura de relatos con marco y conseguir una composición donde todas las posibles historias introducidas formasen un entretejido absolutamente interrelacionado dentro de un mismo asunto o *sujeto*, la historia del hidalgo: «episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece». Y ello, además, con todo lo que significa de explícito reconocimiento del problema formal por parte del propio autor (narraciones «que están como separadas de la historia», «no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas»), sin olvidar también la alusión, que conlleva, a la posibilidad de que ya el lector de alguna manera hubiera ejercido su poder pasando por alto o saltándose, o sea eliminando en el acto de la lectura, las historias consideradas por él como prescindibles («pasarían por ellas o con priesa o con enfado»).

Pero aún hay más, porque al final de este brillante inicio de capítulo y en consonancia con lo que acabo de plantear, el narrador recoge la demanda del historiador arábigo, que «pide no se desprecie su trabajo, y se le den

alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir». He aquí, por tanto, otra cuestión que me parece no menos interesante porque, más allá de lo que con mayor énfasis plantea la actual teoría del lector, entendido este como energía activa y formadora, una de cuyas potencialidades sería la de llenar los vacíos y huecos que cualquier texto deja al descubierto (los «espacios de indeterminación» de Roman Ingarden), más allá de esto, pues, lo que, según Cide Hamete, habría conseguido aquí el lector, paradójicamente, es provocar un vacío, un hueco, una borradura de excrecencias narrativas, un silencio de efectos depuradores, que va a contribuir a que en la Segunda entrega de El *Quijote* se configure de forma definitiva el nuevo género narrativo fundado sin duda ya en la Primera Parte: la novela moderna. Es la escenificación descarnada en la misma piel de la narración de lo que Hans Robert Jauss plantearía en su célebre discurso de 1967 sobre la influencia de los lectores en la producción de textos literarios; queda claro que en este caso el lector, en su relación de interacción con el texto, ha producido un claro *efecto estético* (aplico el concepto de Wolfgang Iser) como resultado de su acción receptiva y así, según la invitación que se le hacía en el prólogo de 1605, ha acabado ejerciendo de *señor de su casa, como el rey de sus alcabalas*. Difícilmente se podría haber propuesto una definición más expresiva y sintética de la figura del lector en su consideración más actual, rigurosa, liberadora y centrada, la que han venido animando y liderando desde hace ya más de cuarenta años con absoluta y ejemplar dedicación los teóricos alemanes de la Estética de la Recepción.

Antonio Sánchez Trigueros

Catedrático Emérito de Teoría de la Literatura

Introducción

Un año más presentamos el nuevo volumen del Certamen Literario de la Biblioteca Universitaria.

En esta quinta edición ha sido premiado el relato “En cambio el silencio” de María Domínguez del Castillo, estudiante del Grado en Literatura Comparada.

Asimismo el jurado ha concedido cuatro accésits a las obras: “Cuando el hielo quema” de Javier Rodríguez Árbol, estudiante del programa oficial de doctorado en Psicología ; “M” de Antonio Munir Hachemi Guerrero, estudiante del programa oficial de doctorado de Lenguas, Textos y Contextos ; “Los pájaros perdidos” de María Teresa Gómez Molina estudiante del Grado en Comunicación Audiovisual y “El color de un mundo mágico” de José María Pérez Cerdón, estudiante de Licenciatura en Arquitectura, todos ellos estudiantes de la Universidad de Granada.

Tanto los relatos premiados como, desgraciadamente los que no han conseguido pasar a esta final, demuestran una vez más la gran inquietud literaria de los estudiantes de la Universidad de Granada de los que la Institución está orgullosa. Son nuestro futuro y buen futuro por cierto.

Esta edición es la primera que se lleva a cabo con el nuevo equipo de gobierno de nuestra Universidad que retoma con ilusión continuada esta iniciativa de la Biblioteca que ya se ha consolidado como un importante hito en la vida universitaria y estudiantil de nuestra Institución.

Quiero, una vez más, desde estas líneas, hacer llegar mi agradecimiento a todos los que de una manera u otra han contribuido a que este certamen sea

posible: las Editoriales Springer y la de la Universidad de Granada. A nuestra compañera Rocío Raya, que ha ideado y ha coordinado el proyecto. A los miembros del Jurado que desinteresadamente nos prestan su ayuda: Antonio Sánchez Trigueros, Catedrático de la Universidad y académico, Julia Olivares, académica y bibliotecaria de la Diputación de Granada, Armelina Correa, académica, profesora de nuestra Universidad y escritora, Rocío Raya, bibliotecaria de la Universidad, y M^a Isabel Cabrera, Directora de la Editorial Universitaria. Ha sido para mí un honor y una satisfacción trabajar con todos ellos aprendiendo que las alianzas hacen que las Instituciones sean mejores y más preparadas para proyectarnos a la sociedad a la que servimos.

Granada, abril de 2016

M^a José Ariza Rubio

En cambio el silencio

María Domínguez del Castillo

Sabes, no puedo explicarte, pero por esta misma razón sé que me explico. Pero en cambio piensa, piensa que estás aquí tendida, casi rozándome, con tus pies fríos, como los piecitos fríos de ese crío del que me hablas – creo que dijiste que se llamaba Pedro, ¿no es así? -, probablemente sus pies fríos porque no entiende el silencio de los astros ni el vuelo de las palomas, porque no entiende por qué su madre dejó de atarle los cordones, de meterle la camisa por dentro, por qué su padre se pasó la tarde tapándose la cara, cubriéndose los ojos con las manos, llorando en un rincón. Entiendes, Laura, entiendes ahora. En cambio estás aquí, casi rozándome con tus pies fríos, y me dices que has hecho café, que cómo me fue hoy. Claro que hace tanto que preguntas sin pensar, sin ser consciente apenas. Te digo que fue bien – de nuevo en la oficina, la hilera con ventanas de cristales infranqueables, el espejo de un bloque de edificios en aquel otro lado, en la acera de enfrente, los ruidos del motor y del semáforo, con el canto del teléfono, la intermitencia de la esfera del reloj, porque sabes que siguen de obras y la taladradora y el martillo, y apenas se puede pensar. Es todo un lío de conjunciones, de ritmos precipitados, de pasos y respiros sincopados, interrumpidos. El jefe enchaquetado que me pide que le busque cita, que le envíe el informe, que me deshilvane los dedos en los gestos mecánicos de números y leyes, del contestador. Quiero decir, no me quejo. Sabes que no me quejo. Pero cansa tanto a veces, pesa tanto a veces, en los hombros, en los párpados. Ser, quiero decir. Ser y estar y parecer, como en la escuela. Cansa tanto a veces. ¿Leíste lo que te dejé? Me volvieron a rechazar otro manuscrito. Entonces dices que lo leíste, que te gustó. Al menos eso

pareces decir, adormecida, con la cabeza tornada en el ángulo de la ausencia, la boca ligeramente abierta, levemente abierta, el ritmo acompasado del pecho que sube, del pecho que baja, como el mar, los ojos que se acaban de cerrar, la taza vacía que rueda sobre la manta hasta la alfombra.

- - -

Pedro no sabe aún que las manos que ayer le cambiaban los calcetines son ahora un remolino de algas y de peces en el mar. En cambio Laura. Pero es lógico pensar que Laura.

Laura sabe tantas cosas. Por ejemplo, sabe que los pies que hace unos meses pisaban la nieve de la cima, ahora están cubiertos por dos metros de tierra; sabe que la mano del músico, traslúcida, casi, ya sin calor, sin sangre, no volverá a peinar la cuerda; conoce la temperatura que alcanzan los hornos, las pinturas que maquillan de vida. Sabe que este centro en que trabaja, que un tanatorio, es una tienda de máscaras, de muecas, una suerte de carnaval grotesco. Conoce los secretos y las leyes del consuelo, de las cruces de madera y los símbolos de piedra, de las velas encendidas y las prendas negras, conoce la muerte del lirio y de la rosa. Pero sobre todo conoce la temperatura que alcanzan los hornos, y que Pedro tendrá que aprender a meterse la camisa, a ponerse el calcetín. Laura comprende el silencio de los muertos, sin embargo. Sin embargo no comprende el silencio de los vivos, el silencio de los ruidos y el estruendo y sin embargo. Sin embargo el silencio, el terrible silencio de las palabras vacías, de las palabras huecas.

Laura sabe todo esto, pero apenas piensa en ello, envuelta en el sonido efervescente de la máquina de hacer café. Apenas piensa en todo esto

mientras se derrama en el sofá y estira las piernas, la espalda, se encoge un poco, acurrucada contra el respaldo, se quema los labios con el café. Apenas piensa en ello mientras oye las llaves quejarse contra el marco de la puerta, mientras suena el picaporte y entra Irène con sus folios, sus carpetas, sus cuadrados y sus cálculos, que deja sobre la mesa, y se quita los zapatos y los números, y cuelga en el perchero el abrigo y el frío de la ciudad, deja en el mueble de la entrada el olor a alquitrán y al asfalto quemado, y a gasoil y petróleo, se recoge el pelo, eternamente desordenado. El eterno retorno de la rueda y de las tardes de oficinas y de números.

Y es el narrador, este narrador tercero, distante, que apenas se dio cuenta, apenas se dio cuenta perdido en sus dominios y sus juegos, perdido a medio camino, burlado por unos labios que no son los suyos, una tinta que se extiende más allá de la omnisciencia, y del juego literario, del poder del narrador, que se filtra por las grietas de estas letras, entre las líneas sobre el papel, y es entonces que habla Irène, y te miro y estás ahí, en el sillón, tendida casi, derramada casi, porque casi parece que te hubieras derramado sobre el sillón, pensando no sé qué cosa, que Pedro se quedó sin madre, algo por el estilo, que Pedro era muy niño para quedarse sin madre, una criatura, una criatura apenas, dices, mientras alargas la mano y coges la taza que ya está fría, mientras me miras entrar y descalzarme. Y dices que está bien, que son las cosas, que no hay nada que hacer. No hay nada que hacer pero hace tanto tiempo que estás así, de esa manera – no sabría decirte exactamente –, como distante, y siempre me escuchas pero casi parece que te cuesta oírme, que no me puedes oír.

- - -

Pedro me miraba y yo no supe qué hacer. Y sentí vergüenza, y sentí impotencia, incapacidad de explicar, imposibilidad de explicar a los ojillos que no lloraban, que no hacían más que preguntar.

Pedro me miraba desde el rincón, sin calcetines, con los pies descalzos, con los piecillos fríos y la camisa fuera. Claro que Pedro. Claro que Pedro no parecía darse cuenta, tan solo me miraba, como pidiéndome así que le pusiera los calcetines, que le metiera la camisa por dentro del pantalón, que mamá no había llegado aún, que tenía frío en los dedos de los pies.

No traje a Pedro conmigo. Yo fui por no tener elección. Nunca me gustaron los edificios blancos, con sus nombres irónicos – *Los ángeles, El perdón, El Redentor* -, pero ni ella ni yo caímos en la mentira del polvo y del carmesí, de las pinturas y las últimas prendas caras. Mejor el fuego. Nunca entendí el ritual, ese tragamonedas, ese absurdo estiramiento de la vida que no es, hasta brotar las estrías, de la vida que no es y que se torna artificial. Tampoco entendí las incongruencias – las limpiadoras que mordisquean una tostada en las puertas del mortuario, un trabajador que fuma en el edificio de incineración, el contraste de la piel marmórea y los zapatos enlutados, el silencio de los muertos, los sollozos de los vivos-.

Hablo de esto con una empleada del tanatorio. Laura, que me atiende. Sale del servicio de incineración. No llegaría a la treintena. De nuevo la incongruencia, que se me queda pegada a los ojos, a las suelas de los zapatos. Es por eso que no entiendo muy bien qué hacía allí, cuando me decía - desmontando el cuento, el consuelo del hombre que teme la muerte, el último mar, - que ella entendía la muerte como la anticipación del adiós definitivo, que la anticipación, que es siempre la anticipación, que no hacemos más que anticipar y lamentar después, y recordar después, sin puente, entre medio tan solo el vacío al que llamamos presente. No sé si

comprendí lo que me dijo, no sé si comprendí pero me hizo bien, me hizo bien que me hablara de aquello, que me hablara así. Me hizo bien ir solo, sin las voces impregnadas de consuelo y pesadumbre, de compromiso tan solo. De decoro.

Me explicó los asuntos del papeleo, la burocracia, me pidió una firma – la sangre de los vivos, recuerdo que dijo -, tarareaba alguna música, y entonces reanudaba su punto de cruz e iba hablando, casi sin prestarme atención, casi sin comprobar que la escuchaba, que estaba allí escuchando porque me hacía bien – y no las lamentaciones y los pésames apesadumbrados y episódicos de los familiares, del director de la empresa, del vecino del tercero. Me entregaba los sobres, me fijaba la cita, en algún momento me habló de una tal Irène, de que ese día llegaría tarde a casa porque en la oficina había un lío de mil demonios, y que de nuevo, a Irène, le habían rechazado un manuscrito, y entonces yo le dije que era editor, que podría leer el manuscrito, ella pareció interesarse un instante, después me contó que nunca entendió las incongruencias de aquellos lugares. Por ejemplo las empleadas que desayunan un sándwich de pollo en la sala en la que maquillan al cadáver, la antítesis mortífera de la piel traslúcida y los abrigos negros, las bufandas negras, los guantes negros en invierno, los muertos blancos y sus vivos enlutados, las palabras de los muertos y el silencio de los vivos, los tulipanes rojos, hirientes, casi como la sangre que ya no corre o como un poema de Sylvia Plath. Y me volvió a hablar de las palabras de los muertos y el silencio de los vivos, un silencio disfrazado de estruendo, resuelto en un ruido insoportable. Porque no soportamos el vacío, porque queremos tenerlo todo tan lleno. El aire, la tierra, los libros, las fachadas, las bocas, las barras de los bares.

No comprendí lo que dijo pero me hizo bien. Es por eso que recuerdo sus palabras, su cara fina, y un lunar a medio camino entre el párpado y la ceja.

Recuerdo que hacía viento, y que Pedro no parecía darse cuenta cuando vaciamos el tarro de cristal, cuando me preguntaba que por qué mamá no había venido con nosotros a ver el mar, y yo no supe responder. Al rato le dije que sí que había venido, y él no supo preguntar.

Estuvimos todo el día mirando al mar. Como una canción de Aute, y yo miraba a Pedro. Todo el día la batalla perdida, la lucha infructuosa del cielo por rozar el mar (que lanzaba contra él sus vientos y en él reflejaba su azul y sus nubes y su sol, y a él dirigía sus gaviotas como flechas pero que inútil, irremediabilmente, volvían a salir, con un pedazo de mar en el pico). Y el espejo, siempre, la lucha del mar por alcanzar el cielo, su respiración, sus olas naciendo, entregándose hacia arriba, en ascensos de espuma blanca, y en descensos de alga y sal, pero siempre las olas al agua.

En la noche en cambio el milagro. Al fin el mar y el cielo fundidos, la unión, el retorno tras la muerte, tras la daga del sol que cortaba en dos un horizonte, y el cielo y el mar, indistinguibles, dejaron de ser dos.

Yo no creo en la salvación, en la vida eterna. Pero es hermoso pensarlo, es hermoso. Es casi como poesía, casi como poesía. Y casi olvidé que para entonces, cuando el mar y el cielo lograron su unión, esas motas de polvo muerto, esas cenizas, yacerían ya disueltas o en el fondo, sobre un bidón de gasolina, sobre unas botellas de cerveza, los restos de un navío, de un cartel publicitario.

- - -

Laura, ya sé que es tarde, es tarde pero la oficina, los papeles, y los números corriendo en el teléfono también corren en el reloj. Ya te avisé, pero son casi las diez y entiendo que hayas cenado. No tuviste que esperarme despierta, sé que estás cansada. Aunque supongo que no te acostaste porque te cuesta tanto dormir últimamente. En cambio, yo siempre te veo como ausente, adormecida. Acuéstate, sólo quería decirte que llamaron Dona y Juan para decir que se van a pasar en un par de días, a eso de las seis.

Entonces te apetece hablar. Dices que volviste a ver al padre de Pedro, al editor (pero es inútil, son tantos los rechazos), que fue a firmar los últimos papeles. Que te contó que hacía un año se le murió también el hermano, por indigestión, o sobredosis de tinta, pareció ser.

- - -

Supongo que es por eso que bajaste tan temprano al buzón. Siempre soy yo quien baja porque no te gusta abrir los sobres de facturas y de ofertas. Pero bajaste y supongo que es por eso.

Se debió caer de tu bolso, colgado del respaldo de la silla, porque el folio estaba doblado sobre la alfombra. Parecía una carta, pero nunca nos llegan cartas, tan solo facturas y ofertas, y aquella era una carta. Una carta muy larga, con una caligrafía tan cuidada que era hermoso mirarla, la uniformidad, en su conjunto, las líneas paralelas que a veces zigzagueaban sobre el papel – tal vez por la carga de las palabras -, al final un nombre, Raúl. El editor. ¿No es el editor? ¿No es el padre del crío del que me hablaste?

Lo que quiero decir es que no la leí. La metí en tu bolso de nuevo, pero dolió un poco porque era tan hermoso mirarla, desde la altura de las

estatuas, tendida, como olvidada, sobre el suelo, en su uniformidad laberíntica de trazos negros y pliegues grises.

- - -

El timbre sonó a las seis. Dona y Juan llegaron hablando del precio de la gasolina, del tráfico de la tarde, de la campaña electoral, del tiempo, de que llovía tanto. Dejaron las escaleras encharcadas, como recién salidos de un naufragio. Llevaban unos dulces y tabaco de liar, el que le gustaba a Irène. Tuvieron que esperar, sentados, a que hiciera el café. Laura se había olvidado, había estado releendo el manuscrito, Irène no entendía muy bien por qué, ya lo había leído, nunca se manifestó en ese sentido.

Sobre el ruido tuberculoso de la cafetera, Juan dejaba un charco en la alfombra, en una mancha gris que iba creciendo, como un vacío o un error. Se frotó las manos delante de la chimenea, se iba evaporando, dejando en el aire un olor a lluvia sucia, a taxi y a empanada de atún. Dona le explicaba a Laura – algo distraída, casi indiferente – cómo Juan había echado a perder la empanadilla que había preparado, al salir del taxi, tropezar, dejar la empanada en el suelo contra la alcantarilla como una paloma aplastada en el asfalto. Pierre llegó más tarde, se presentó sin avisar, sin saludar, se quitó el abrigo, fue corriendo hacia Juan, impulsado por una súbita erudición, milagrosa, mística, y casi lo derribó para explicarle por qué la campaña electoral no sería más que un tremendo disparate. Al soltarlo, respiró tranquilo, bajó los hombros. Miró alrededor sonriendo y saludó. Después se puso a olfatear, a arrugar la nariz, y preguntó a Laura que si había hecho empanadillas. Laura no lo escuchó, estaba como distraída, como indiferente, apenas se le veían los ojos detrás de la melena que no se molestaba en retirar, que le ocultaba la cara junto con la sombra de la luz del fuego quemando en el lado contrario.

Entre Juan y Pierre flotaba el aire de la complicidad, del juego de niños, de la pantomima. Se atribuyeron los papeles – uno el conservador, otro el libertario -, y empezaron a discutir sobre el gasto público y la deuda externa, sobre las elecciones presidenciales y el Oráculo de Delfos, y estaban que se pegaban, tirándose de la manga, pisándose los zapatos, torciéndose los mofletes, y Juan y Pierre rompieron a reír, a rebuznar casi, frente al fuego naranja, Dona que los daba por perdidos, Laura en la sombra, ausente, cuando llegó Irène con el café, sonrió y dijo:

- Ah, el ruido al fin.
- ¿Al fin? Pero si con Laura tienes la casa que alborota, ¿no la ves?
- Es lo que tiene pasarse el día enterrando muertos – dijo Pierre.

Dona empezó a darle vueltas al anillo con un dedo, esperando la respuesta que habría de llegar. Laura se incorporó, como regresando de algún lugar lejano, y dijo:

- El hombre se piensa libre, desnudo y descubierto, hablando de política, cogiendo taxis. Teme la muerte porque no soporta el peso de la tierra, el sabor de la tierra, los ojos cerrados. El hombre lo quiere ver todo tan claro, y es por eso que teme a la muerte. El hombre teme la sepultura y es por eso que no soy sepulturera, ni me paso el día enterrando muertos. Sería contribuir, reafirmar la falsa creencia, sería encadenar doblemente al hombre al suelo, a la tierra donde nace, donde muere. Yo solo incinero.

Suena la madera, que cruje con el fuego. Fuera cae la lluvia.

- Silencio sepulcral, para ambientar la escena. – dice Pierre y se quita los zapatos-. Mira, Laura, yo no te entiendo cuando hablas.

Todos salvo Irène y Pierre se ven incómodos por el rumbo de la conversación. Intentan desviar la atención, hacer otra cosa. Dona abre una revista literaria que no tiene interés en leer, levanta la mano y retira un flequillo que no está sobre la cara, se dobla el cuello perfectamente doblado, encoge las piernas, se agarra los pies.

- - -

Pero son las cosas de las gentes – es decir, así son las cosas y no hay nada que hacer- y tú lo comprendes y estás ahí mirándome desde el sillón, con los restos de ceniza que dejaron Juan y Pierre, y las migas en la alfombra. Tú comprendes que es así, que los días y las horas, que la esfera del reloj, los encuentros y desencuentros, las anticipaciones y reminiscencias, y que en los encuentros, en las reuniones, se habla del tiempo, de la lluvia, de que hoy no hizo calor, de inconformismos políticos y del trabajo, de los negocios y la rutina, y es así y lo sabes. Pero sabes que Dona, que Juan, y sabes que tu oficio. Ya lo sabes, es inútil que lo repita, y tú lo escuchas y es así. Porque sabes que no está bien hablar de incineraciones ni de números ni oficinas cuando vienen Dona y Juan, cuando vienen las visitas, esos encuentros del falso presente - el péndulo, siempre el péndulo -. Dices que es por eso el circunloquio y el rodeo, esa capacidad humana sobrecogedora de parafrasear, de eludir los temas que nos ocupan – a las dos -, tan recurrentes en la conversación, en la tarde de café y de lluvia, y dices que es por eso que las visitas nunca hablan de vacunas ni de enfermos ni hospitales, por la superstición y el mal de ojo, por el temor a que la anécdota termine en un asunto de tus manos, de tu oficio, de oficio de Laura, de rutina de Laura, y resulta casi cómico cómo Dona arrugó las hojas de mi revista, cómo Juan tragó el café que nunca bebe, que ya estaba frío, cómo casi se quemó los labios con la colilla consumida. Pero no

dijeron nada. Tan solo callaron. Ya sabes que lo explicaba Casona, que los árboles mueren de pie.

- - -

- Entonces mamá se ha ido.

- Sí, se ha ido, Pedro.

- Pero pensé que iba a volver. Entonces no va a volver.

- No, no va a volver.

- Yo quería enseñarle cómo me ato los cordones, cómo me meto la camisa. En el colegio todos me miran cuando me ato los cordones. Mira. Te lo puedo enseñar a ti. ¿Lo quieres ver? Mírame, papá. Mira lo que hago. Mira, mira, ¿me ves?

- - -

En algún momento me desperté – serían las tres – sudando, podía sentir los calcetines incrustados en la piel, asfixiando los tobillos, la camisa un chaleco de fuerza (lo peor era el recuerdo, el recuerdo que estrangula). Me desnudé, me levanté con una sed inmensa, y chocando contra el marco de la puerta, a tientas, las manos sobre las paredes, sin darle al interruptor que no veía, tragué agua y tragué, y casi parecía necesitar, por medio del agua, llenar, llenar, llenar el estómago vacío, y apenas me sequé el agua, en un ritmo ininterrumpido, vertiginoso como esta prosa, apenas me sequé el agua con la manga sentí frío, sentí un frío, una congoja, un escalofrío en las piernas, en los ojos, en los pies, y de nuevo el pijama, la manta, acurrucado como Pedro en alguna habitación. En noches como esta recuerdo a Dostoyevski y sus *Noches blancas*, diciendo así, tal vez como yo: “*El final*

de mis noches es la mañana". Y es la terrible imaginación del hombre recreando sus historias, concentrando, perfilando su dolor en el horizonte imposible de la noche y el sueño, para despertar cansado, más solo y más frío. Pero al menos los piecitos de Pedro. Al menos sus piecitos. Le pongo los calcetines, le abrocho la camisa, le ato los cordones que siempre se le sueltan.

Se la ve sola, esperando, el manuscrito sobre la mesa, ya ha pedido el café. Aquí, desde fuera, casi parece una pintura de Hopper. Cierro el paraguas, entro en el café. Apenas se da cuenta cuando me siento. Está como abstraída, distante. Pido al camarero, Laura vuelve en sí. Me saluda:

- He traído el manuscrito de Irène.

Lo dice triste, yo escucho triste que ha traído el manuscrito de Irène. De Irène, y compruebo que sigue estando ahí, como una isla, el lunar a medio camino entre el párpado y la ceja. Entonces, bebiendo de la taza, siento que me duele el pecho, que me duele Pedro, que me duele el mar. Abro el manuscrito. No sé si es bueno, lo hojeo. Leo algún fragmento suelto, calculo mentalmente los gastos de publicación, el dolor del bolsillo, el quejido de la cartera. Laura hace rato que me mira, esperando. Le digo que sí, que me lo llevaré a casa. Hablamos de Pedro, de la escuela. Laura no habla de su oficio, de la tierra, del silencio, casi parece que lo olvida. Que en cambio el vuelo de las palomas, las luces de invierno, el ruido del barrio y la plaza de la iglesia. Asiento, pero las campanadas y los puestos de castañas, el precio de los juguetes y del turrón, de la Navidad. Ella responde que la convención, la cena de Nochebuena y los formalismos, y pásame las gambas y sírveme el champán. Tal vez, pero le digo que en cambio madrugar, a pesar de las dos horas de sueño, de la orilla de los ojos. Que en cambio madrugar, la casa muerta, la chimenea con sus últimas

ascuas, el café de diciembre, el paseo entre los olivos y el rocío, la tierra mojada, los pueblos y las calles dormidos, en el silencio de la mañana de Navidad. Ella asiente. Luego distinguimos entre soledad y solitud, entre los higos y las manzanas, entre los roscones de vino y el mazapán.

No ha dejado de llover, y de la humedad se nos empapan los huesos, se empañan los cristales impresionistas del café, la mesa herrumbrada, la yema de los dedos. Ya es tarde, Irène ya habrá llegado. Irène, ah, claro, entiendo. Ya nos veremos. Me hablarás del manuscrito. Ah, claro, el manuscrito. El manuscrito.

El manuscrito.

Adiós.

- - -

Laura cierra la puerta. Irène ya está en casa, esperando sentada, la cena en la mesa.

- No tenías que esperarme. Ya he comido algo fuera.
- Dijiste que te esperara.
- He estado hablando con el editor.

- - -

Recogemos la mesa, tu plato lleno. Insistes, dices que no te apetece porque comiste algo fuera. Con el editor. Tampoco te apetece escuchar un disco, escuchar mis historias de oficina, mis otras historias. Tan sólo cuentas que tal vez el editor esté interesado en la novela. Pero Laura, no comprendes que no importa la novela, no importa la novela, Laura. De nuevo estás cansada, entonces. Al menos deja que te cuente que llamó Pierre para

disculparse, para decirte que sabes que realmente no se disculpaba, que se trata simplemente de cumplir con la convención, con la ley social, consensuada, y para preguntarte por qué olía a empanadilla de atún en casa si sólo había dulces y el tabaco de liar que trajeron Dona y Juan. Pero ya conoces a Pierre, ya lo conoces. Espera. Sí, iba a leer un rato, pero espera, he decidido que no voy a leer esta noche, me voy contigo. Pero Laura, no comprendes, no comprendes que no importa el libro antes de dormir, no importa el libro antes de dormir, Laura. Espera. Estás cansada, y dices que no concilias el sueño, que no puedes dormir si estamos tan cerca, si me acerco tanto, porque tienes calor. Pero Laura, llueve fuera, tienes los pies fríos, te siento los pies fríos, Laura, casi no me dejas edredón.

- - -

- Estiman que tardará dos meses. No es una novela larga y el último título salió hace unas semanas.

- No sé cómo agradecerte.

- Agradece al azar. Y a los muertos. Lo difícil es encontrar un editor. Una editorial que no publique *best sellers*, y que no quiebre. Lo difícil es encontrar literatura. Libros hay tantos, tantos, Laura.

- Realmente es todo tan difícil. De entender, quiero decir. Es todo tan difícil.

Tan difícil de entender el silencio de los muertos, el vuelo de los pájaros. Entender que Juan echó a perder la empanadilla al salir del taxi, que llovía, que Dona se apartaba el flequillo que no tenía sobre la cara. Que llegó Pierre corriendo, lloviendo sobre el parqué, dejándolo todo perdido - prendiendo el fuego -, perdida yo de algún lugar en el centro del aire. Que

Irène me espere siempre y prepare el café, la cena. Que Irène. Que Irène, pero yo en cambio. Yo en cambio. No entiendo, no entiendo porque todo es tan difícil, es terrible, incluso yo, incluso yo, Raúl, y por más que intento y estiro los labios, y levanto las cejas, por más que intento y te doy la novela, es terrible, tan terrible porque sigue oliendo a lluvia, porque se herrumbran las cerraduras y del abrigo que cuelga en el perchero gotean los números y el agua de la calle, y porque siempre, siempre, siempre las migas de pan en la alfombra, la incineradora, los polvos blancos, y el reloj atragantado que clava sus gritos en la espalda, y sigo con los pies fríos a pesar de todo. Y tú me miras y crees entenderme y en cambio. En cambio ni siquiera yo. Ni siquiera yo, entiendes.

Con el peso de la tinta, con el peso del contrato y el leve temblor que precede a las decisiones definitivas, con el murmullo en el oído de algún poema de Robert Frost, Laura firma el contrato. Raúl lo firma también. Raúl se tiene que ir

- ...a recoger a Pedro de la escuela.

Laura se despide porque

- ...aún queda café.

Una señora pregunta si

- ...la silla está ocupada?

Laura llora un poco y quiere saber

- ...qué hora es?

Son casi las ocho.

- ¿Se lo puedo retirar?

- Deje, me voy a quedar un rato

...sentada, en la mesa de dos, casi parece una pintura de Hopper, arrojando con sus manos la taza fría, mirando por el ventanal, siguiendo a las gentes clavadas en la tierra, de pie, curvas, erguidas, creyendo, creyendo no caer.

- - -

Hace tiempo que estás tan extraña... Tan extraña, Laura. De hecho hace tiempo que casi no estás, que no estás... Hace tiempo que llegas más tarde a casa - antes me esperabas siempre -, como ahora, que me bebo tu café porque tengo la costumbre de hacer para dos tazas, pero tú llegas más tarde, y que me duela el estómago, que me duela, pero nunca, nunca el café frío. No duermo, pero creo que no es por el café por lo que no duermo. A veces estoy tan cansada. Nunca tomé pastillas pero a veces estoy tan cansada. Al dormir, me pasa que cierro los ojos pero me duelen por dentro, los siento moverse, inquietos, estirarse la superficie de su esfera perfecta, inquietos, como esperando algo, como buscando algo en esta oscuridad del párpado, de telas de araña y de ríos, en que no se ve nada.

Es triste, también. Triste como esa fila de palomas enlutadas que se herrumbran bajo la lluvia, alineadas sobre el cable de electricidad. Con el viento de otoño parece que tiembla, que tiritita de frío, como un niño en la ciudad. Digo que es triste porque tenías que trabajar esta tarde – eso dijiste -, tenías que firmar papeles, hacer firmar papeles, el juego burocrático, el péndulo burocrático. Es lo que me contabas ayer, medio dormida, pero sé que estás bebiendo café, que seguramente no estés hablando de mi novela (pero no entiendes, no entiendes, Laura, que la novela no importa). Por eso

también me bebo el tuyo, y porque es terrible el café frío sobre la mesa. Pero a veces me duele el estómago y me cuesta dormir.

- - -

Laura se olvidó las llaves sobre el escritorio cuando salió. Los vecinos se llevaron toda la tarde gritando, toda la tarde amontonados los documentos de la oficina sin rellenar, la correspondencia sin ser correspondida. Irène había preparado el café, pero del dolor de estómago y el sueño lento que no quería extinguir, tan sólo sobre la mesa una taza vacía; el café de Laura se había enfriado y lo tiró al fuego que no se molestó en reavivar. Los destellos naranjas, débiles, sutiles, parecían bailar sobre los cristales, en una danza lenta y mítica. El perfil de Irène, levemente iluminado. Irène que mira desde el balcón, de espaldas, a contraluz, los codos apoyados sobre la baranda, la silueta negra recortada sobre la luz trágica del cielo nublado, de la tarde blanca. Abajo, frente al portal, para un coche y sale Laura. Irène se acerca a la puerta. El reloj que golpea los escalones, la madera que cruje. Llama Laura. Irène espera un instante. Luego dice:

- Ya va.

- - -

Hago ruido con las llaves, cierro la puerta, me descalzo los números, los trajes (hago ese ruido del que hablabas, ese ruido que es silencio). Entro y no huele a café, dejo los folios sobre la mesa junto al paquete que me enviaste, mi novela publicada. Miro y no estás ahí, mirándome desde el sillón, medio apelotonada, no estás ahí con los pies fríos, quemándote los labios en el café, pensando no sé qué cosa. Y entonces está bien, entonces ya vives, comprendo. Entonces ya vives sobre la tierra, entonces percibes palabras, escuchas palabras, al fin, y no este ruido sordo, este silencio que

se hace insoportable en el salón, la intermitencia de la lluvia, los gritos de los pájaros. Y no este silencio en que apenas se puede dejar de pensar.

Los pájaros perdidos

María Teresa Gómez Molina

Apoyado en la puerta del obrador, finalmente se decantó por los amaneceres. Llevaba cierto tiempo indeciso entre el principio y el final del día, pero acababa de llegar a la conclusión de que le gustaban más los amaneceres. El dramatismo del atardecer le ponía de mal humor. La oscuridad caía sobre el horizonte y los hombros como una guillotina, ensangrentándolo todo con rojos y púrpuras de una opulencia obscena. Y luego, la oscuridad. Para los que se refugian en la luz del día, las noches estrelladas son una manada de lobos de ojos ciegos que con su resoplido rabioso apagan la llama de los que se mantienen en vela, haciéndolos enfrentarse a la oscuridad con los ojos abiertos. No es lo mismo tener los ojos cerrados que abiertos en la noche, pensó, porque los que duermen son ajenos a la oscuridad que baila ante sus párpados cerrados jugando a ser muerte. El muchacho dio una calada al cigarro, batiendo los párpados como las alas de una mosca en el abrazo de una planta carnívora. Se extrañó de sí mismo. No se acababa de acostumbrar a esos pensamientos de moribundo ni a su silueta desgarbada y veintegenaria. ¿Quién se fumaba un cigarro así? Buscaba en el humo un descanso de amasar pan y se dedicaba a amasarse el cerebro hasta amoratarlo. Dudaba que hubiera otro chico – se turbaba si llegaba a pensar que, tal vez, existiera otra chica – que fumase a las siete de la mañana de esta manera desoladora. Casi podía ver a los muchachos de su edad en el parking de la discoteca del pueblo de al lado, fumándose un cigarro para descansar de amasar... Bueno, otras cosas. A veces los pensamientos le pesaban como una piedra atada al cuello que lo arrastraba al abismo solitario y oscuro de las profundidades del mar de

gente, donde las conversaciones solo llegan de manera acorchada. Llegó a creer que esa fue la razón por la que se le apareció a él primero. Al fin y al cabo, los dos eran igual de extraños.

Acabada la tanda de la mañana, el muchacho comenzó a llevar el pan y los dulces a la furgoneta en la que hacían los repartos. De las cestas emanaba un olor a recién nacido que le hacía sentirse matrona, colocando los canastos en el maletero con ternura, como si fueran niños que huelen a masa madre y corteza tierna. Cerró el maletero con fuerza para protegerlos de los pájaros cuando, al mirar hacia abajo, vio algo extraño sobresalir tras la rueda gastada. Parecía una especie de colmillo blanco y alargado. Se agachó y tanteó el aire con la mano, como olfatea un perro desconfiado, hasta que sintió su tacto entre los dedos y comprobó que no era ningún tipo de diente, sino el extremo de una pluma gigantesca. Sintió vibrar en la garganta los tambores del destino avisando tormenta, sin embargo, la sangre que le bombeaba en las sienes le impidió oírlos. La naturaleza nos dotó de instinto pero se le derramó sin querer la curiosidad en la olla, así que el hombre tiene poco de lógica y mucho de geometría.

La pluma medía unos treinta centímetros y brillaba de manera vidriosa. El muchacho tuvo la impresión de que estaba coloreada de muchos más tonos de los que alcanzaba a ver y pensó que podría ser una pluma de guacamayo, de faisán dorado o de pavo real. Claro. Tenía sentido, se felicitó. El problema era que vivía en un pueblo común, de un país común, donde no había pájaros de colores brillantes y mucho menos en un mes de agosto que castigaba al campo con ictericia. Miró a su alrededor casi involuntariamente, de la manera en la que se mira cuando ocurre algo poco común, sintiendo la magia escabullirse entre la hierba sin ser capaz de verle el rabo. Un destello unos metros más allá le desveló otra pluma igual a la

anterior y cuando se acercó a cogerla, el muchacho descubrió un sendero de guiños diamantinos formado por más de una decena de plumas, como la estela de un cometa que se extinguía a las puertas del viejo cobertizo donde guardaban las herramientas y el pan duro para los animales. Antes almacenaban ahí la harina, hasta que alguien con un traje y mucha prisa dijo que aquello era antihigiénico. Si hubiera sabido que un día iba a guardar algo semejante, lo hubiera dinamitado en el acto.

Sería incapaz de describir aquel momento exacto, sin embargo, lo recordaba con precisión de relojero. Deseó que fuera un producto de su imaginación hormonada y acneica, pero el graznido que lo recibió al abrir la puerta era tan claro que parecía un saludo humano. Abrió y cerró las puertas del cobertizo varias veces, como aletean los párpados tras un sueño extraño, pero lo único que consiguió fue despertar la curiosidad de aquel ser soñado por la aurora boreal, que fue acercando la cabeza poco a poco hacia la puerta hasta que el muchacho sintió su respiración y comprendió, temblando, que estaba vivo. Allí, sentado sobre escombros de pan duro, movía la cabeza de un lado a otro, mirándole de esa forma tan inquisidora que tienen los pájaros de cuestionar a los humanos, preguntando por qué han permitido que se les pudran las alas. Su cabeza parecía la de un gorrión, pero al mismo tiempo tenía algo de tucán y de grulla. Las patas eran el doble de anchas que su cuello, que a su vez era la mitad de largo que su cola, hecha con retales de golondrina y quetzal. Pero sin duda alguna, lo más fascinante era el pico. Desde arriba parecía de loro y desde debajo de garza, de perfil el de un martín pescador y de tres cuartos, el de un halcón.

Cerró las puertas y se dirigió al obrador con paso sorprendentemente firme, buscando una manera aceptada por el sentido común de contarle a su padre,

cansado y silente como un camino de tierra, que tenían un inquilino en el antiguo almacén. Luego ya pensaría cómo contarle qué tipo de inquilino tenían, si es que era capaz de formular una descripción adecuada. Iba a empujar la puerta cuando se le adelantó, cargado con cestas de pan. Al muchacho le bastó con entreabrir los labios para que su padre supiera que algo iba mal, porque su oficio le había enseñado a observar el pan desde el cristal de los hornos, por eso ya sabía que algo se cocía en la cabeza de su hijo al mirarle por esos ojos casi transparentes. Descargó en los brazos del chico una de las cestas que llevaba a cambio de dos minutos de atención parcial, mientras conversaba con los panes sobre el orden que debían llevar en la furgoneta para aprovechar mejor el espacio. Una vez colocados, el padre se incorporó del maletero y, mientras se limpiaba el sudor con el dorso de la mano, le miró para dar por comenzada la audiencia. El muchacho sabía que el padre del padre de su padre había sido panadero, también el padre de aquel, y así un millón más de padres, todos panaderos que les precedían y habían dejado en sus genes la necesidad de ir siempre al grano, pues ahí se encuentra la harina. Escupió las palabras como si le hubieran dado una patada en el estómago.

Hay un pájaro gigante en el antiguo almacén – dijo entrecerrando los ojos.

Si su padre tenía algo bueno, algo realmente bueno, era la manera respetuosa de asentir ante cualquier suceso extraño, adoptando un pequeño balanceo que se prolongaba unos segundos. El muchacho creía que en esos momentos recordaba todas las cosas extrañas que había visto desde la ventana de la panadería, cuando la noche ampara la licantropía del hombre. Pero, a pesar de que a altas horas de la madrugada algunas personas tienen sus horas más bajas, el padre pensaba que todo el mundo tiene derecho a desayunar pan. Y seguía amasando. Si el muchacho lo conocía tan bien

como creía conocerle, algo bastante probable porque era la única persona que le conocía, primero debió pensar que su hijo se había vuelto loco. Luego, probablemente, temió que estuviera tomando drogas y se reprimió a sí mismo por no haberle hablado del veneno que envejece la juventud de los pueblos. Después se tranquilizó, arrullándose con el consuelo de que su padre tampoco lo había hecho y él había salido bastante bien. ¡Pero no, eso no era suficiente!. Había perpetuado el silencio de su padre, el hombre que tras darle la vida le dio la espalda, como si en cinco minutos de sexo ebrio hubiera cumplido con todas las funciones progenitoras. Imaginar el silencio paterno perpetuado a través de su podrido árbol genealógico lo llenó de ansiedad y para huir de ella concluyó pensando que, seguramente, aquel pájaro del que hablaba su hijo loco, presunto drogadicto y posible homosexual, sería un buitre o una cigüeña herida. Así que, a modo de respuesta, comenzó a caminar hacia el cobertizo. El chico le siguió a cierta distancia, siempre guiándose por la longitud de su sombra: por las mañanas y por las noches era más larga, recomendándole que le siguiera a mayor distancia porque el cansancio lo irritaba; a medio día, con la panza llena y la sombra corta, podía incluso preguntarle sobre algunas cosas. Cuando llegó al cobertizo, abrió las puertas con la tranquilidad del que abre la ventana cada mañana y espera encontrarse el sol donde siempre, la tierra en su sitio, el árbol en aquella esquinita. Durante un minuto eterno como la línea del horizonte, conservó el mismo gesto inexpresivo de pared de iglesia vieja. El muchacho se tensó de golpe, pensando que el pájaro se había marchado. Pero entonces, su padre retrocedió dos pasos. ¡Su padre!. Su padre el roble viejo retrocedió dos pasos, levantando las raíces enterradas en la tradición y la costumbre. El muchacho supo entonces que el pájaro seguía allí y miró horrorizado como el gigantesco cuerpo del ave, a medio camino entre avestruz y colibrí, despegaba la caseta del suelo al

ponerse en pie. Padre e hijo observaron, desprovistos de movimiento, como el ave se sacudía los viejos listones de madera y la estructura de metal oxidado, extendiendo sus alas bajo el sol de la mañana con la grandeza de un amuleto faraónico. Su gigantesca presencia era dolorosa para un mundo que sufría orfandad de lo mágico, pero el ave era ajena a ese duelo y con su respiración volcánica incendiaba ese amanecer incrédulo. Miró a todos lados, buscando algo. Pareció encontrarlo cuando vio al muchacho a lo lejos, porque le clavó sus ojos de azabache hasta lo más profundo de la conciencia y, con un trozo de pan duro en el pico, avanzó hacia él con el aspecto de un huracán pero la docilidad de la brisa.

Hay que llevarlo a casa.

Le sorprendió el sonido de la voz de su padre. Era la primera vez que lo oía hablar en este mes doloroso, pues desde hacía siete años, en agosto nunca hablaba. Se pusieron en marcha de prisa y, aprovechando que en verano se alargan los días y los bostezos, trasladaron al pájaro a su casa escondido en la furgoneta. El camino desde el obrador nunca se les había hecho tan largo; la carretera se desenrollaba como una madeja infinita. De todos modos, era poco probable que alguien del pueblo los viera, pues vivían a varios kilómetros de las demás casas, cerca del colegio, separados del rebaño como un animal enfermo. Cuando por fin llegaron, lo trasladaron con rapidez a través de la casa en dirección al patio, pero la puerta estaba cerrada. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que entraron? El padre desapareció en dirección a la cocina y se escuchó un abrir y cerrar de cajones, los añicos de un tarro cayendo al suelo y finalmente, un tintineo. Fue a meter la llave en la cerradura, pero la mano se le quedó paralizada en medio del gesto y el aire se volvió denso. Se miraron, asustados. No

deseaban abrir esa puerta, pero si el patio había sido capaz de encerrar los recuerdos y sus garras, sería capaz de contener al pájaro.

Fue como abrir un ataúd donde se descomponía la infancia del muchacho y la pasión del padre. Olía a lágrimas estancadas. Ambos recordaban las tardes que pasó su madre pintando, las cenas de verano y las noches pidiendo deseos a las estrellas, pero el muchacho no conocía otras muchas noches en las que el calor y el amor hicieron que sus padres sacaran el colchón al patio y se taparan solamente con el cielo oscuro. Eran esas noches las que le pesaban en el corazón a su padre y lo anclaban al marco de la puerta, haciéndolo sentir incapaz de pisar sobre todos aquellos recuerdos allí cautivos. Apenas podían reconocer aquel patio en duelo, con las malas hierbas tapizando el suelo y las arañas invadiendo las esquinas con sus palacios imposibles. El pájaro estaba inspeccionando el lugar despreocupadamente cuando cerraron la puerta, decididos a continuar el reparto con total normalidad, poniendo como excusa por el retraso que se les había quemado una tanda de pan. Sopesaron que lo mejor era volver salir para no levantar las sospechas ni las mirillas. De todo modos, ¿qué era lo peor que podía pasar? Si dejaban al pájaro solo y se daba a la fuga, nadie podría relacionarlo con ellos. De la casa salieron sus cuerpos pero no sus cabezas, que se quedaron allí, prendidas de las plumas del pájaro.

El muchacho fue el primero en volver a casa, hacia la hora de comer. Llegó al salón, dejando el saco que llevaba al hombro contra una silla y se asomó despacio, casi de puntillas, a la ventana que daba al patio. El pájaro estaba muy atareado, retirando la maleza del suelo con el pico y asediando las construcciones de las arañas. Sus colores interrumpían el blanco leproso de las paredes del patio, haciendo vibrar el aire con su contorno sísmico, como de célula, como de celuloide. Era un capricho dibujado por la naturaleza

cuando era niña y no sabía que los humanos enjaularíamos a sus monstruos buenos intentando comprenderlos. El muchacho metió la mano en el saco que descansaba a su lado y abrió una rendija de la ventana, desde la que fue tirando pan duro que le había traído. Cuando oyó el primer trozo caer a su lado, el ave se giró y graznó alegre, moviéndose por el patio buscando trozos de pan como si fuera un juego. El muchacho sintió lástima porque, a pesar de sus proporciones de bestia bíblica, tenía mirada de polluelo. Dudó que hubiera más pájaros como él y, en el caso de haberlos, debían estar derramados en partes opuestas del mundo, castigados sin encontrar a sus iguales y bendecidos con no poder decirle a nadie lo solos que se sentían, porque hecha verbo la soledad se vuelve un grito. Los pájaros de los alrededores parecían haberse compadecido de su situación y venían a hacerle compañía, incluso las golondrinas empezaron a anidar en el patio y los pájaros más pequeños se paseaban tranquilamente bajo sus patas titánicas. Precisamente porque no abusaba de su tamaño el muchacho comprendió que el ave era inofensiva y empezó a pasar las tardes dentro en el patio, observándolo, aunque su desconfianza lo hacía sentarse cerca de la puerta. El ave se dio cuenta de este cambio y empezó a tener detalles hacia el muchacho, como dejarle pilas de arañas muertas cerca de donde se sentaba o intentar empollarlo cuando consideraba que hacía frío. Aquellas muestras de cariño poco ortodoxas terminaron por conmovirlo, aunque no fue eso lo único que lo arrastró magnéticamente hacia el animal. Cuando se atusaba las plumas, la forma colorida que tenía de contorsionarse y desplegar sus abanicos de color le recordaba a la manera indómita de pintar que tenía su madre. Tal vez por eso su padre pasó horas observándolo, escondido tras las cortinas del piso de arriba, atraído por el recuerdo convulso del lado de la cama estático, vacío desde que la madre cogió sus maletas y se fue sin mirar atrás con el primer amanecer de agosto.

Fue mala suerte. Solo eso, mala suerte. Puede que por eso a la suerte y a la muerte solo las separe la letra con la que empiezan. Se le paró el coche a un vecino del pueblo en la carretera que pasaba al lado de la casa. Preguntó si podía usar el teléfono, pero no llegó a escuchar la apresurada respuesta de que no tenían, porque la frase se ahogó en uno de los graznidos del pájaro, incomprensible y casi humano. Los miró atónitos, pero cuando abrió la boca para preguntar se la cerraron de un portazo y el visitante no tuvo más remedio que marcharse. Tras unos minutos angustiosos, oyeron como el hombre conseguía arrancarle un rugido al motor y respiraron tranquilos, pero a la mañana siguiente, volvió a parar frente a la casa con obsequios y preguntas. De nada sirvió que el padre intentara enterrar la existencia del ave entre las más variadas invenciones y excusas, porque a su intento de ocultar el pájaro le puso la zancadilla la sensación de tener algo que decir. Las atenciones del vecino eran un espejismo en aquel desierto de soledad y no fue capaz de darse cuenta de que, aceptando su afilada amabilidad, lo que saciaba su sed de compañía era su propia orina. Al sexto día de visita no pudo contenerse y salió la historia del pájaro de su garganta como el agua rompe una presa, inundando la casa de gente del pueblo que empezó a agolparse en las ventanas del patio desde esa misma tarde. El muchacho los observaba escondido en un ángulo de la escalera donde podía mirar sin ser visto y la escena le fue transportando a un recuerdo que había intentado aplastar bajo muchos otros. Los muebles del salón estaban más viejos, pero la estampa era la misma, con la gente del pueblo rodeando a su padre como si fuera una atracción de feria. Cuando hace siete años la gente se enteró de la huida de la madre, acudieron a su casa para consolarlos a cambio de una mirada al estropicio que llevaban encerrado en las costillas. Al padre lo arrullaban diciéndole que era un buen hombre, que nada de eso era culpa suya y en cuanto cruzaban el umbral de la puerta, lo acusaban de alcohólico

y maltratador y lo desollaban a zarpazos. Pero la sensación de ser espectador de la tragedia sin que te roce la piel acaba caducando. Como hienas, las gentes del pueblo se alimentaron de la herida de su familia y cuando se sintieron satisfechas, volvieron a sus casas a descansar panza arriba leyendo alguna revista de esas que venden los quioscos cuando abren sus puertas como la gabardina de un exhibicionista. ¿Por qué se llamarían revistas del corazón si normalmente hablaban de genitales? El caso era que, a pesar de los siete años que habían pasado, la cicatriz en el vientre de su familia aún estaba tierna, y si una vez la casa atrajo a los chacales con el olor del abandono materno, ahora lo hacía con el aroma de lo fabuloso, que huele mejor pero atrae a peores bestias. Sin embargo, el muchacho no se enfadó con su padre, ni siquiera pudo guardarle rencor. Es fácil confundirse porque un oído parece un buen refugio, pequeño y tranquilo, una cueva oscura donde la voz resuena bien. Pero buena parte de la comprensión del hijo hacia el padre tenía que ver con que los intrusos que entraron para ver al pájaro le transmitieron aquella curiosidad morbosa a otros más pequeños, que la filtraron por los velos de la infancia recibéndola en su máxima pureza.

El primer día casi ni los oye. Parecía que le hacían cosquillas a la puerta con sus nudillos de canica. El chico echó un vistazo por la mirilla y no vio a nadie, pero justo se acababa de dar la vuelta cuando volvieron a tocar. Al abrir a puerta, se dio cuenta de que su visitante apenas superaba el metro. Puso una cara muy seria y respiró hondo, hinchando de helio su corazón de globo.

Señor – dijo mirándolo de arriba abajo, pensando que aquel chico no tenía la edad de un señor – Señor joven, ¿puedo entrar a ver su pájaro?

El muchacho se apartó de la puerta sonriendo, dejándole paso. El niño adelantó un pie, impaciente, pero pareció recordar algo. Entonces echó una mirada nerviosa por encima del hombro y de los árboles frente a la casa salieron una decena de niños, asomando la cabeza tras la panza de los árboles como espíritus de los parques y los charcos. El niño mensajero volvió a adoptar una postura militar y repitió de nuevo casi gritando:

Señor joven, ¿podemos entrar todos a ver el pájaro?

El muchacho guió a su pequeño rebaño de nubes a través de la casa, sintiéndolos aguantar su respiración pequeñita al pasar junto a las fotos polvorientas en los marcos. Casi podía escuchar las preguntas revolviéndose en sus cabezas como una mariposa en un tarro, intentando deducir de dónde venía ese olor a baúl de juguetes cerrado. Cuando la comitiva atravesó la barrera de luz que daba al patio, los niños se impacientaron ante la ceguera momentánea del sol, apretando los ojos como puños, decididos a luchar contra la posibilidad de que tal pájaro no existiera. Pero los ojos cerrados dejaron paso a una boca abierta cuando los colores del pájaro entraron por sus almas de prisma cristalino y se reflejaron como un caleidoscopio. A partir de ese día, los niños entraban y salían de la casa como una corriente de aire fresco que se llevó el polvo y gran parte de los fantasmas.

Eran las tres menos un minuto de la tarde, así que el muchacho se levantó del tranco del patio, donde había estado garabateando la silueta del pájaro y esperó, como todos los días, la llegada de los niños. A las tres y tres minutos, exactamente, vio a los niños aparecer por el final del camino con su griterío pagano. En apenas unos segundos vertiginosos, de carrusel de feria, los niños se convertían en serpentinas corriendo por la casa, tirando los zapatos y los calcetines como confeti por el patio. Se subían en el lomo

del pájaro y le daban bichos y le ponían collares de flores y lo abrazaban y se comían los bichos y se comían las flores y reían mientras corrían intentando atrapar una mosca. La vida de los niños del pueblo aleteaba en torno a los horarios del pájaro: comían y dormían a las mismas horas e iban con las plumas que se le caían anudadas en la cabeza, una tribu que había aceptado aquel gigante plumífero sin más problema que unos segundos de sorpresa al conocerlo. Para el muchacho los niños se habían convertido en un bálsamo, fascinándolo con sus pies descalzos, sus rodillas arañadas y las uñas llenas de barro, niños mitad tierra, mitad luna. Cuando el patio se les quedó pequeño, sus juegos se desbordaron inundando el interior de la casa, reanimando el palpitar de la madera con el tamborilear de sus pies de liebre. En sus pasos se ahogaba el teclear de la imaginación, que mecanografiaba todos aquellos nuevos lugares, apuntando todas las cosas que ahora sabían que podían suceder.

El sonido del timbre, repentino y siniestro, interrumpió aquella melodía indicando un cambio de ritmo. Delante de la casa había aparcado un coche negro y metalizado, estilizado como una gota de petróleo. La mano que había llamado a la puerta era musculosa y angulada, entrenada para firmar pilas de papeles y contar billetes. Le recordaba al hombre con traje y mucha prisa que les dijo que el cobertizo donde encontraron al pájaro era antihigiénico. Sin embargo, había algo en este nuevo hombre que le inquietaba. El otro tenía un aire anémico, como si en sus ojos se hubiera quedado atrapado el brillo del ordenador, pero en los ojos de este nuevo señor con traje había un destello distinto. Parecía que por encima del hombro de las personas veía su precio y su coste, calculando el valor de las monedas cayendo en pilas de oro babilónicas. Saludó al muchacho con una gran sonrisa depredadora como excusa para enseñar todos los dientes. No,

este hombre era distinto. En sus ojos había un resplandor colorido, como el plumaje del pájaro.

Nadie le invitó a entrar pero tampoco se atrevían a hacerlo salir, así que tuvieron que soportar con humillación sus andares de inquisidor y su manera altanera de mover los hombros, propia del que se cree que arrastra un manto real o divino. No tuvieron que mostrarle donde estaba el ave, porque se lo dijo a regañadientes la risa de los niños. Cuando vieron asomar por la puerta esas facciones de instrumento vudú, sus juegos se volvieron lentos y pesados hasta detenerse por completo. Casi involuntariamente fueron rodeando al pájaro como una muralla mal diseñada, grande por dentro y pequeña por fuera. El hombre se inclinó sobre ellos con su aspecto de monstruo parido por un delirio febril.

Los mayores tenemos que hablar de cosas importantes.

El muchacho supo que, durante las dos próximas semanas, el hombre actuaría en el teatro de las pesadillas de todos aquellos niños. Unos empezaron a chuparse el dedo y otros a metérselo en la nariz con la esperanza de llegar al cerebro y sacarse aquella imagen de la cabeza. Incluso una niña empezó a comerse las uñas, manía que le duró hasta pasados los treinta años y solo pudo quitarse mediante una mezcla de santería e hipnosis. Los niños los miraron buscando ayuda, pero padre e hijo agacharon la cabeza escondiendo los ojos, así que marcharon uno a uno, en fila, con el triste balanceo del ganado. El ave quiso seguirlos, pero el hombre la hizo retroceder con el brazo y se dedicó a rodear su cuerpo, mirándola de una forma que avergonzaba al muchacho. Al terminar echó un vistazo al patio y a los restos de pan duro.

No pueden tener a un animal así en este patio. Es antihigiénico.

Al muchacho no le dio tiempo a pensar quién inventaría ese vocablo infame ni a contestar a ese hombre más infame todavía, porque éste empezó a enumerar una amplia lista de inconvenientes derivados de que el pájaro estuviera bajo su custodia. Fue en ese mismo instante cuando el muchacho comenzó a sentir un dolor punzante en la cabeza y sus pensamientos se volvieron borrosos. Pudo oír como decía algo de que sería un beneficio para el pueblo y que obtendrían una compensación económica, también algo de irresponsabilidad y de marketing, además de un montón de palabras en inglés que sonaban a arameo. Pero ni el padre ni el hijo articularon palabra y justo cuando una gota de sudor iba a brotar de su frente de reptil, se impacientó y se marchó en dirección a la puerta.

Si se enteran las autoridades, y claro está que se enterarán, se llevarán al pájaro – y dándose la vuelta como golpe de gracia, concluyó – Decidan: atracción turística o atracción científica.

Aquella noche el padre no durmió y el muchacho se levantó sudando; la pesadilla había cocinado un banquete sobre el calor de su frente. Bajó al patio sin tocar el suelo, levitando por una fiebre que lo elevaba hacia el techo y, tumbándose cerca del pájaro con la cara pegada al suelo, le volvieron a arder los sueños. Soñó con una cigüeña construyendo su nido en la torre puntiaguda de una iglesia. Quiso preguntarle cómo colocaba el primer palo pero, como no lo oía, empezó a gritar hasta que desconcentró al animal y su nido se precipitó al vacío. Corrió entonces a la parte de atrás de la iglesia, donde yacía un polluelo tumbado sobre un charco de yema amarilla. La cigüeña bajó llorando desconsoladamente y el muchacho se acercó a disculparse, pero cuando el ave se dio la vuelta tenía la cara de su padre que, furioso, empezó a perseguirlo. Corrió tanto y tan lejos que le quemaban los pulmones, hasta que sus piernas cedían y, al caer de bruces

contra el suelo, veía a lo lejos el pelo de su madre extinguiéndose en la línea del horizonte, consciente de que ya no podía alcanzarla.

Cuando abrió los ojos hacía rato que había amanecido. Permaneció un momento así, mirando al cielo azul, sin nubes, sin nada, liberando su cabeza de los monstruos de pintura medieval que lo habían acosado toda la noche. Tenía el pelo empapado y el frescor del amanecer caía sobre su frente convirtiendo el sudor en hielo. De pronto reparó en el ave. Era raro que no se hubiera dedicado a picarle la cara para despertarlo como había sucedido otras veces, así que giró trabajosamente sobre su costado para verla dormir. Entonces volvieron los monstruos: el pájaro no estaba. Se levantó de un salto y miró por el patio, por la casa, en la planta de arriba, en la de abajo, en la cocina, en el baño, debajo de sus propios párpados. Cuando abrió la puerta de la calle con el ímpetu con el que entra un toro en la plaza se dio de bruces con su padre.

¿Dónde está? – dijo nervioso el muchacho. La pregunta se volvió un grito cuando se nubló el lagrimal de su padre – ¡Dónde está!

Las marcas de las ruedas en el camino lo delataron como el carmín en una camisa. El muchacho se tiró de rodillas al polvo, que se fue volviendo barro al mezclarse con sus lágrimas.

No podíamos retenerlo – dijo el padre sin referirse solo al pájaro – No podíamos.

Su cuarto se convirtió en un mausoleo. Se le había mudado el alma y aquellas cuatro paredes solo albergaban un cuerpo títere. Era la tercera semana que pasaba en la cama. Se sentía pesado y vacío, embalsamado, la sábana cubriéndolo como una mortaja. A veces se miraba los pies e intentaba mover los dedos voluntariamente. Al fin y al cabo, no quería

olvidar como moverse, por si algún día lo necesitaba. Lo que le hubiera gustado era olvidar cómo dormir, pero no podía luchar contra el sueño indefinidamente. Sentía que colgaba de un séptimo piso y que en algún momento acabaría cayendo al vacío, como el nido de la cigüeña. Eso era lo que evitaba. No podría soportar volver a ver al pobre polluelo muerto sobre el charco de yema, pero la pesadilla había excavado una madriguera en su almohada. Cada vez que cerraba los ojos diez minutos seguidos tenía ese sueño terrible y si conseguía dormirse más tiempo, la visión se repetía indefinidamente hasta que conseguía despertarlo. Sintió terror cuando tras un tiempo se le volvieron los párpados de acero y pensó que tendría que volver a recurrir a un baño helado o a darse cabezazos contra la pared, pero entonces el cristal de la ventana comenzó a vibrar suavemente. Retiró la cortina con un gesto lento y pegajoso, como de caracol. A lo lejos se adivinaba el borbotear de una fiesta en la plaza del pueblo y agradeció el ruido, pues le evitaba tener que recurrir a métodos más drásticos para huir del sueño. Estaba volviendo a la cama cuando lo oyó, entre el mantra de los feriantes y el silbar de los fuegos artificiales. Habría reconocido ese sonido entre miles de graznidos idénticos.

Hacía tanto tiempo que no caminaba por el pueblo que las calles se volvieron un laberinto. Tan solo le guiaba el sonido del pájaro, cuyos graznidos eran cada vez más parecidos a los alaridos de un parto. La fiesta se había llevado todas las luces y la noche caía sobre las aceras como una alfombra tan oscura que no le dejaba verse los pies. Giró una vez, otra y otra, siempre llegando a una calle igual que la anterior, sintiendo que caminaba por el lomo de una serpiente enroscada sobre sí misma, acercándolo cada paso más a la cabeza. Casi había doblado todas las esquinas del pueblo cuando desembocó en la avenida principal, travestida con banderitas y adornos festivos. Caminó por la acera a paso rápido,

atraído por la luz que revoloteaba al final de la calle como una luciérnaga, de donde también venía un olor a algodón de azúcar que le hizo bajar la guardia momentáneamente. Poco a poco, las sombras fueron adoptando forma humana, la música aplastando el silencio y justo cuando iba a entrar en la plaza, se dio cuenta de que ella venía hacia él. La gente del pueblo, envuelta en raso y purpurina se acercaba formando una cabalgata monstruosa. Hombres y mujeres habían vaciado varias botellas sin encontrar ningún mensaje dentro y se mecían de lado a lado al andar, con el mar en el estómago. El muchacho supo que estaban bastante bebidos por su actitud aristocrática, típica de los borrachos, que creen tener la elegancia de pavos reales cuando en realidad se comportan como pollos de corral. La banda de música tocaba algo carnavalesco y poco ensayado, creando una melodía con un deje metálico que completaba el tapiz de bestias que se le acercaba. En medio de la comitiva, sobre una improvisada tarima, descansaba una jaula apenas lo suficientemente alta y de ninguna manera lo suficientemente ancha para el pájaro, que intentaba sacar la cabeza entre unos barrotes demasiado estrechos. Las cuerdas habían abrasado su cuello, deforestándole las plumas; una cinta amordazaba sus alas rodeándolo por debajo del vientre. El vaso de un borracho había ido a hacerse añicos en el suelo de la jaula y la sangre que brotaba de sus patas heridas se mezclaba con el orín de todo un día, tal vez incluso de dos. Sus plumas habían perdido el brillo, adquiriendo un tono ocre, oxidado por largas horas de espera al sol. Entre la gente no pudo ver ni a un solo niño y dudó que quedara alguno en el pueblo, porque los que fueron amigos del pájaro habían crecido de golpe en sus casas, rezando una oración por él con cada cuenta de su pulsera de caramelos. Presidiendo la comitiva estaba el hombre que se llevó al ave, rodeado del alcalde y otros personajes ilustres venidos de la capital, a los que engatusaba como a ratas con su hablar

aflautado. Si la gente hubiera podido levantar los ojos de sus pies borrachos se habría sorprendido ante la visión de los cientos de pájaros que tapizaban las cornisas, los balcones y los tejados, mirando horrorizados como el pueblo había erigido al ave como ídolo pagano, la gallina de los huevos de oro que cumpliría sus sueños de estiércol. La multitud pasaba al lado del muchacho sin llegar a verlo, como un río que se bifurca al encontrar una roca. Se le cayó el alma a los pies cuando la carroza pasó por su lado y el ave lo miró con ternura, soltando un último graznido que sonaba a perdón antes de cerrar los párpados. El muchacho caminó a su lado durante unos minutos, esperando que el pájaro le devolviera la mirada, pero no lo hizo. Había sellado los ojos y no volvería a abrirlos, ni lo haría días después cuando lo llevaron al zoológico, ni cuando lo convirtieron en espectáculo, ni cuando le sacaron sangre y le quitaron todas las plumas para ver su anatomía; el ave se entregó a la ceguera voluntaria hasta el final de sus días, recordando a los niños de corazón blando y pan duro. El muchacho no pudo soportarlo más. Como en su sueño, corrió tan lejos como pudo, corrió hasta que los pulmones se le llenaron de magma y, cuando volvió la vista atrás, el pueblo estaba tan lejos que las casas parecían un rebaño pastando en el valle. Se desmayó. Tenía tanta fiebre que su cuerpo podría haber incendiado la hierba al desplomarse en el suelo pero, por primera vez en dos semanas, no soñó nada. La pesadilla le dio tregua y la cigüeña emigró a otros sueños más cálidos.

Cuando volvió en sí, el amanecer se insinuaba en la comisura del horizonte y toda la noche se le había metido en las pupilas, redondas y abisales, de boca de pozo. Había perdido la consciencia, pero no el calor. Desesperado, se fue rasgando la ropa mientras corría, revolcándose por el suelo contra la hierba como los perros cuando hay algo muerto. Cada prenda hecha jirones abría las ventanas y las puertas de su piel, dejando salir el calor. Por

primera vez en mucho tiempo, sintió el aire en la cara, como una gaviota que despega las alas del alquitrán y es capaz de volar, al fin. No pudo disfrutar mucho de la sensación de frío porque la noche comenzó a retirar su telón oscuro y la claridad le dejó ver las formas de una casa que se alzaba a unos metros. Le asustó la luz que se encendió de pronto y miró alrededor, avergonzado, porque aún no estaba lo suficientemente loco como para asustar a la gente desnudándose en su jardín. Sin pensarlo dos veces, se metió en un viejo cobertizo cercano y allí se agazapó en silencio. Apenas había pasado una hora cuando sintió los pasos de alguien que se acercaba muy despacio, recogiendo la ropa que había dejado tirada por ahí. La puerta bostezó y por una rendija asomaron unos ojos atónitos.

No tuvo más remedio que saludarle. Parecía un tipo raro.

M

Antonio Munir Hachemi Guerrero

Para Marina Avia

Parte 1: cuatro eventos inextricables

*Las personas no son marionetas; Madrid, con M, tiene la particularidad de contener miles de vidrios que, como en toda ciudad, aíslan del frío, pero que además permiten verlo, permiten verlo en el cadáver nevado de ese perro negro o en el humo del té con leche que uno bebe mientras escribe *Claudia* en un pedazo de papel y mira a su interlocutora sonriendo pero sin darse cuenta del verdadero simbolismo de enterrar aquel nombre de mujer o de quemar la consigna *las personas no son marionetas* o de guardar *que no pare nunca de llover* en la cartera, una cartera que cualquier día cualquiera me puede robar y que tal vez viaje por los suelos las aceras los vagabundos en busca de una mano que la profane y quizá me la retorne, acaso con el dinero intacto e incluso con mis amuletos, el primer poema que escribí, el colgante de mi padre, pero por más optimista que me ponga sé que jamás recuperaré la frase *que no pare nunca de llover*.*

El agua lleva regando la ciudad con insistencia desde el tres de enero de dos mil doce hasta hoy, aunque eso no es problema para que yo encienda otro cigarro gris y lo roce con la punta de la lengua antes de sacar de mi gabardina de pana, también gris, el mechero que, claro, claro, no funciona, qué iba a funcionar, si ella se ha ido, si M se ha ido, si sólo yo sé dónde está escondida.

¿Y si sabes dónde está a qué coño has venido aquí a joder? *Ya te lo he explicado A., es importante, tengo que saber por qué le dijiste que dejase de verme.* Dime tú primero si te acostaste con ella... *hmm...* un suspiro como una nube de algodón se me cayó de la boca, *no, claro que no lo hice, qué quieres,* pues ahí tienes tu respuesta, si os entendíais como os entendíais pero no os acostabais... el problema es que me ignorasteis, me ignoró, tú no, tú qué me vas a ignorar si eres como un crío desbocado, pero ella, ella es, ¿cómo decirte?

Caos. Es puro Caos. Te lo juro, M., es el desorden hecho carne. Claro que las otras no le van a la zaga, pero cada una es de una manera: el vórtice, la inocencia, la Gorgona... y yo tengo que matar a la Gorgona porque es mi trabajo, no es que me guste, tampoco es que no me guste, no te voy a engañar, es simplemente que me ha tocado hacerlo, es mi misión por así decirlo, y de su sangre nacerá el Pegaso y todo eso, ¿sabes, no? [...] Vale, te lo cuento, aparca ahí.

Parte 2: algunos hechos más o menos relacionados con el ajedrez

Hecho número uno. Anatoli Karpov nació en la entonces llamada Unión Soviética en 1950 o 1951, hay discrepancias entre sus biógrafos. Ha sido apodado *la máquina del ajedrez*. Domina a la perfección la apertura y los finales. Es un ejemplo fantástico de que la red neuronal húmeda del ser humano puede superar con creces la potencia lógica de cualquier máquina. La primera vez que ganó el título de campeón mundial lo hizo por incomparecencia de su rival, el ajedrecista loco Bobby Fischer, quien quería ganar el dinero suficiente para comprarse una torre de ajedrez gigante hecha de oro macizo en la que poder irse a vivir sin que nadie lo molestara.

Hecho número dos. Lo que hizo que M liberase del todo la explosión latente que llevaba dentro fue un texto literario. Otros dirán que fui yo o que fue su expareja, F., pero la realidad es que fue un libro. Y ni siquiera era literatura, o tal vez sí, no sé, aún no he podido dar con él. Pero desde luego, no fue algo como *El infierno tan temido* ni nada semejante lo que — cuentan algunos— la enloqueció. Esto, aparte de decirnos mucho de la personalidad de M, nos demuestra que la literatura puede influir en la vida de las personas, incluso invertirla, cosa que por otra parte yo siempre había intuido. De hecho, la vida podría ser puramente literaria si no fuera porque le sobra tiempo. No hay saltos temporales en la realidad. Claro que uno puede comprimir toda su experiencia vital, pero entonces morirá joven y, total, no hay para qué. Pero no es el caso de M, claro que no, ella se ha ido a un lugar muy especial.

Hecho número tres. En sus ratos libres Alan Turing solía escribir largos poemas en la notación de partidas de ajedrez que empezaba con jugadas inverosímiles como h3 y en los cuales se han encontrado algunas manchas redondas de humedad como lágrimas que hacen pensar en lo mucho que le habría gustado acostarse con Bobby Fischer.

Hecho número cuatro. En un recoveco de la calle Chacabuco, en el barrio de San Telmo, dos viejos que regentan una gomería juegan al ajedrez mientras el hijo oligofrénico de uno de ellos atiende a los clientes. Sólo tienen una regla invariable, básica, axial: ninguna de sus partidas puede terminar.

Hecho número cinco. El Réquiem, de Mozart, y las pinturas negras de Goya fueron creados desde un lugar muy similar a aquel en que se halla mi amiga M.

Hecho número seis. Yo, personalmente, nunca juego al ajedrez, prefiero mirar. A mi amigo Gonzalo le ocurre algo similar y empiezo a pensar que tal vez sea patológico.

Hecho número siete. En noviembre de dos mil once, M se tatuó la figura esquemática de un pez en el vientre. Antes, en ese mismo año, se había hecho tatuar una serie de círculos concéntricos como intentando contener dentro de los mismos su verdadero y perfecto ser.

Hecho número ocho. En ajedrez el jugador que lleva las blancas parte con una ligera ventaja, de modo que para las negras es mejor, en caso de que ambos oponentes sean igual de buenos jugando, buscar las tablas.

Hecho número nueve. Olimpia, la madre de Alejandro Magno, soñó que era violada por una serpiente la misma noche en que concibió al futuro rey de Macedonia.

Hecho número diez. Madrid es el único sujeto posible del verbo llover. Lleva cayendo un orvallo lento y, en mi opinión, ligeramente morado, desde el día tres de enero, día en que M nos dejó. Es posible relacionar estos hechos entre sí, al igual que es posible no hacerlo, pero en cierto modo confirman algo que yo ya vaticiné: la ficción está preñada y se extiende como una nube radiactiva o como un panqueque que acabamos de estampar en la sartén. Además, todo está impregnado de un repugnante olor a cartón húmedo que me da ganas de vomitar.

Hecho número once. No hay que descartar del todo la posibilidad de que a Boris Spassky lo estuviese envenenando su segunda mujer, de la que luego se divorciaría, pues algunos de los errores que cometió durante la final contra Fischer no son explicables en un Gran Maestro Internacional con semejante preparación física y mental. Como sea, Boris Spassky fue un

ajedrecista ejemplar e, indudablemente, una víctima; cosa que, en realidad, importa más bien poco.

Hecho número doce. Esta lluvia, este repique persistente en las puertas de la cordura, debe de tener encantados a los augures del fin del mundo. Es una visión optimista ésta del fin del mundo porque, en el fondo, si el mundo se va a acabar significa que no se ha acabado ya, que no estamos todos muertos, que esto no es, aún, el infierno.

Hecho número trece. Arnold Schönberg padecía triscaidecafobia, o miedo al número trece. Murió un trece de julio y nació un trece de septiembre.

Parte tres: cuatro conversaciones

Uno

Ya sabes, Eme, que para mí eres preferentemente amarilla, hasta el punto de que siempre que imagino tu cara te veo rubia, tienes una voz amarilla, un olor amarillo y, sobre todo, una forma de ser amarilla parduzca que jamás llega a irritar.

Dos

—¿La soberbia?

—Como sigas con esas payasadas cristianas te aseguro que no vas a salir nunca de aquí.

Tres

Te juro que esa tía no era normal. Al principio todo bien, claro, todo genial si de repente en una fiesta hawaiana se te acerca una mujer borracha y bonita y te invita a ir a su casa. Y dirás, y lo acepto, que es raro que a las seis de la tarde... pero en realidad a esa hora ya estábamos muy cocidos. Por el camino en autobús ya pasó algo raro, y es que mientras nos sobábamos ella me embistió con la lengua hasta la garganta y, casi sin que me diera cuenta, me sacó la verga en medio de todo el mundo. Menos mal que ésa era la parada de su casa... [...] ¡Sí, sí! ¡Ya sé que es raro joder! Pero yo lo único que pensé es

que era la tía más zorra de la historia de la humanidad y que me iba a echar el polvo de mi vida. Me subió a su casa y ahí empezó lo extraño: cerró la puerta con llave. Pero bueno, yo qué sé, alguna vez me han esposado a una cama, en peores plazas hemos toreado, vaya. Se fue desnudando por el pasillo hasta su cuarto, y lo del olor... ¿te he hablado de eso? Cada vez olía más fuerte a ella, cada vez percibía su fragancia con más intensidad, y en la casa ya era irresistible. Aun así, se me cortó mucho el rollo cuando entré a su cuarto y me encontré a un chaval delgadito desnudo y atado a una silla, bueno, atado por decir algo, en realidad aunque la cuerda iba de su muñeca a la pata de la silla él podía haberse soltado cuando hubiese querido, haberse puesto de pie y haberse largado, más o menos como yo, que podía irme pero no lo hacía, y es que ese olor... Ella tenía unos tatuajes rarísimos, uno de un pez con unas letras incomprensibles y otro parecido al símbolo de la cabeza del Dr. Manhattan, ¿sabes cuál? Y en la nalga derecha, aunque eso lo vi un poco más tarde, un bebé ahorcado bajo el cual ponía *Hold on* y *Dies irae*... qué raro que me acuerde de eso. Ella le acarició el pene al chico y se le puso tiesa de inmediato, y le dio algún besito, matizo el diminutivo por la absoluta delicadeza del acto, y no me lo ordenó siquiera, pero yo empecé a hacer lo mismo... [...] Oye, oye, Dani, que me has pedido tú que te lo contara. Si te sirve, te juro que te estoy diciendo la verdad, a ti nunca te miento, pero te voy a ahorrar los detalles, el caso es que follamos delante de él mientras las lágrimas le arrancaban la carne de dentro de los ojos, y no dejaba de mirar, y yo lloraba por él, pero no paraba de follármela, y lo más animal de todo esto fue que ella, Dani, ella tampoco parecía poder parar de subir y bajar, y no lloraba, pero era como si llorase, y me corrí, me acerqué al chico, le crucé la cara y me fui, con la ropa en la mano, a pedirle a la madre de ella que me abriese la puerta. De todas formas fue genial, tengo que admitirlo, algo único.

Cuatro

—Eme, para mí en realidad ninguno de nosotros vale nada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que en el fondo todos sois, o somos, personajes o futuros personajes de mis cuentos, sólo que aún no sé dónde vais a estar, ¿y sabes qué es lo más curioso?

—...¿qué?

—Vamos, hombre, deja de llorar, ambos sabemos bien de qué va esto. Lo más curioso es que a veces hacéis las cosas después de que yo las escriba, y no antes.

—Tu magia es muy distinta a la mía, M.

—Ya lo sé Eme, ya lo sé... qué pena que no puedan convivir en este mundo absurdo hecho de pasto seco en el que vivimos.

Parte cuatro: un sueño

Era como eyacularme fuera de mí misma. El fondo era en cierto modo similar a ese cuadro de Van Gogh, *Noche estrellada*, creo, pero manchado con una espuma sólida, una espuma de coral rojo que lo inundaba todo como un escupitajo que se queda colgado en los dientes manchándome y manchando el fondo, surgiendo del centro como si abriese un ombligo desde dentro, mi ombligo, pero a la vez era a mí a quien impactaba y yo la que escupía y el coral, la baba roja, claro, también era yo.

Parte cinco: tres situaciones

Tres jóvenes que viajan al Sur de la Argentina a finales de dos mil once tienen un reventón en un camino de ripio. Bajan de la furgoneta y dos de ellos se ponen a cambiar la rueda. El tercero mira al cielo y ve la Vía Láctea con una nitidez espectacular. Entonces, la orquesta cruel de sus neuronas le mete en la nariz el olor de la mujer que más amó en su vida, de nombre M., y la imagen de Pepe Carroll pasa, fugaz, ante sus ojos y él, de nombre M., siente cómo le flaquean las rodillas y se sienta en el asfalto y ve La Pampa y los rastrojos de La Pampa y se da cuenta de que no es nada y de que ojalá no fuera nada y sabe, por enésima vez sabe, que esa sensación, la de todos los muertos, le está volviendo a atacar y eso le aburre tanto que se echa a llorar porque tiene la firme convicción de que al día siguiente no podrá levantarse de la cama.

Dos mujeres charlan sentadas en el porche de un chalet, presumiblemente propiedad de los padres de alguna de ellas. Son jóvenes. La que tiene la palabra lleva una sudadera gris y desde el autobús un chico que las mira no piensa, pero da por hecho, que es española, que es de clase media, que dice algo interesante o, al menos, algo digno de ser ignorado. Inocentemente, cree que ella está hablando en castellano. La chica tiene el

pelo rubio y largo recogido en una coleta y los labios cortados y sí, habla español y es española y de clase media, ¿y su amiga? Su amiga exactamente igual.

Un joven y la novia de su mejor amigo hablan de hacer un viaje a Noruega a dedo. Él imagina sexo, miseria, aventura. Ella imagina a su actual novio amargado, odiando, y sexo también. Cuando el novio o amigo vuelve del baño cambian de tema y, cómplices, se rozan la mano. Por la tarde se despiden con un guiño del ojo derecho. A los dos meses la pareja se rompe y él y ella jamás vuelven a hablar y, por supuesto, no hacen ningún viaje juntos, ni a Noruega ni a ninguna otra parte.

Parte seis: dos poemas

Un golpe en la cara.

Desde hoy hasta *para siempre...*

Igual que vivir en tercera persona

.

Algunas veces echo de menos los abrazos de mi madre y

otras veces añoro y

busco revivir entre los rincones de mis cejas

la mañana que murió bajo mis manos entonces

la oprimo con fuerza

y me dejo llevar

Parte siete: otros hechos y algo de literatura

Hecho número uno. Los cristianos perseguidos solían pintar un pez en dos trazos que indicaba la localización de un templo oculto. Este pez iba acompañado de las letras

griegas ΙΧΘΥΣ, siglas de Iesous Christos Theou Yios Soter, o Jesucristo hijo del Salvador.

Hecho número dos. Abraxas era una entidad perteneciente a la herejía gnóstica que, según Carl Jung, estaría situado más allá del Bien y del Mal, y abarcaría ambos conceptos, siendo de este modo más poderoso que el Dios cristiano, que sólo comprende el Bien.

Hecho número tres. Alejandra Pizarnik eligió suicidarse el veinticinco de septiembre de mil novecientos setenta y dos.

Hecho número cuatro. Siddharta Gautama fue un líder religioso que abandonó su hogar.

Hecho número cinco. De Morihei Ueshiba, u O-sensei, se dice que podía proyectar su energía fuera de sí. Hay grabaciones que lo muestran en pleno acto de extrusión. Él afirmaba que una vez que alguien controla su mente ya no es difícil controlar las de los demás.

Hecho número seis. Enrique Lihn nació en mil novecientos veintinueve. En mil novecientos cincuenta y uno pesaba ochenta y dos kilos y medía ciento setenta y nueve centímetros y medio, lo cual no es poco pero tampoco demasiado. Como particularidad se puede añadir que su color favorito era el naranja chillón con chorretones de rojo sangre o fresa.

Hecho número siete. La Biblia es uno de los primeros libros de literatura de la humanidad y quizá uno de los mejores. No fue escrito por Rosalía de Castro. El color favorito de Blas de Otero, quien tampoco escribió La Biblia, era el negro.

Hecho número ocho. Cada día mueren más de veinticinco mil ochocientos trece niños en el mundo. No sé su color favorito pero podemos suponer que era el amarillo o que no tenían color favorito.

Hecho número nueve. En el momento de morir, Ramón Valle Peña tenía dos pies pero una sola mano.

Hecho número diez. El Gambito Budapest me parece una buena defensa en general.

Hecho número once. El poeta Hugo Mujica guardó un voto de silencio por más de siete años. Hoy ya habla.

Hecho número doce. El segundo apellido del escritor Roberto Bolaño al revés es Solava. M nunca lo llegó a conocer en persona.

Hecho número trece. En alguna parte de Sofía ahora mismo está respirando una persona que algún día, si Dios quiere, morirá.

Hecho número catorce. Algunos antropólogos o seres humanos como Terence McKenna afirman que la religión y la cultura pudieron surgir en la región del Tassili gracias a o por culpa de la ingesta de los hongos alucinógenos que crecían en las mierdas del ganado.

Hecho número quince. Otros afirman que los egipcios tuvieron contacto con extraterrestres, quienes les enseñaron a construir pirámides y muchas otras cosas, y que José de Arimatea dejaba oro en su tabernáculo para que los padres interestelares de nuestra civilización bajasen a llevárselo por la noche sin que nadie se percatase de ello. Según esta teoría, el oro se puede utilizar en la fabricación de algunos remedios contra el cáncer.

Hecho número dieciséis. En el año dos mil uno se arrojaron más de quinientas ochenta y dos mil trescientas doce toneladas de residuos nucleares a las costas del África. El cuarenta por ciento de la población de Somalia tiene cáncer.

Hecho número diecisiete. SI Y SÓLO SI vivimos en el infierno, vivimos en nuestro propio infierno.

Parte ocho: una conversación y una reflexión filosófica contrapunteadas, ambas de M

El orgullo... el orgullo no está mal, es como cuando dijiste el dinero, se nota que te vas acercando. ¿Te acuerdas de esa novela en la que no ocurre absolutamente nada? El problema es que hoy en día los escritores proliferan de tal manera que pueden ponerse a hablar unos de otros, ni siquiera nos necesitan a nosotros... piensa en eso.

La desesperación... ¿es esto? ¿Por qué no puedo llorar, gritar, desear vivir, morir, cualquier cosa? ¿Por qué no puede venir M. y decirme *uno, dos, tres, despierta*, como aquella vez? *Me has asustado, Eme, estabas como ida...* pero esta anestesia...

Mira fuera. ¿Ves como es todo blanco? Mira dentro. ¿Ves las caras de la gente, la gente sin cara? ¿Te enamorarías de alguno de estos comensales sin rostro?

Clavarme un cuchillo en la palma de la mano. Echarme sal en la herida. M. nunca lo haría. ¿Cómo podemos ser tan distintos y, sin embargo, conocer la misma derrota, la misma abulia? Como dos pescaditos que buscan sus colas para mordérselas pero... ¿alguna vez sentí? Si en algún momento percibí algún dolor o placer, ya no puedo recordarlo...

¿La perpetuación de la vida? ¿La reproducción de la raza como egoísta condena a la mortalidad y la existencia *en este valle de lágrimas*? Oh, no, eso es algo terrible, pero es cosa vuestra; piensa, piensa con fuerza.

Follar ya no significa nada. ¿Vivir *por* algo? ¿La música, el arte, el deporte? Si tan sólo fuera más estúpida... ¿la aventura? Imposible, el viaje no es más que un reflejo de un recorrido interno, y yo no puedo seguir siguiéndome por este desierto.

¿La mentira? Por favor...

Parte nueve: otro sueño

Soñó, básicamente, con su ombligo, su *ómphalos*, y en este sueño, como en todos, hubo algo de realidad. Dicen que durante la fase REM estamos paralizados, pero ella acarició, incluso arañó, los recuadros de su manta de esparto sin saber si ese rojo, verde, negro, rojo, era un movimiento reflejado en la realidad, mera ilusión, o la realidad misma. Eso es, creo, lo que llaman un sueño lúcido, tocarte la cara rosa y amarillenta y como anestesiada por el dentista y vomitar hacia arriba y rociarte y olerte y degustarte y morderte en el tuétano y saber que lo estás haciendo.

Pero si fue un sueño lúcido, por fuerza tuvo que ser ella de alguna manera quien eligió que el gusano la esofagizara hasta volverse una corazonada y luego se vertiera por su sistema circulatorio y vejiga y vagina, palabras tan similares, se cohilasen hacia una

explosión de reluciente nacimiento y creación de un dios oscuro cuya cara la miraba y chorreaba sobre sí misma y a la altura de la papada volvía arriba y antes de que pudiera darse cuenta la cara de la pobre M, tan linda, también chorreaba y ella miraba las fotografías en las paredes plegándose hacia dentro, recordándole lo que ya no es más y haciéndole saber que hay que estar en contra de cosas como ésa, como la fotografía o los gases nobles o el apellido Guzmán, y no contra los genocidas o las desgracias que lo asolan todo.

Por supuesto otro habría perdido el tiempo en averiguar si de verdad Dios tenía algo que ver con todo aquello o si era un símbolo o un símbolo de una metáfora, pero M. le había enseñado que todo eso eran idioteces y así M pudo disfrutar de su último momento en ese paraíso y, digan lo que digan los psicólogos, deglutir ese olor clandestino a encierro que la había acompañado toda la vida.

Parte diez: tres hechos más

Hecho número uno. Los mayas representaban la naturaleza matemática de Dios como un círculo encerrado dentro de un cuadrado, representantes éstos a su vez y respectivamente, de los números trece y veinte, que sumados dan treinta y tres.

Hecho número dos. Las aceitunas u olivas tienen un gusto execrable.

Hecho número tres. Si uno se frota una cebolla en la planta del pie durante una hora acaba sintiendo el sabor en su boca.

Parte once: resumen general y conclusiones

La historia que se ha narrado es totalmente verídica. Todos los hechos en ella plasmados han sido corroborados excepto los abiertamente inverosímiles, que el lector sabrá detectar, o los que directamente son mentira. El relato está dedicado a Marina Avia, persona queridísima por mí hasta que nos dejó para viajar a un lugar mejor. Su cuerpo aún es observable y se conserva en buen estado pero su alma está actualmente en el infierno. Por razones de privacidad, los nombres están ocultos y en general cambiados, excepto los que empiezan por M y el de mi amigo Gonzalo, quien me ha dado su consentimiento explícito.

Este texto está dotado de algunas herramientas que impiden que el lector llegue hasta aquí si ya ha vivido el infierno en sus carnes, tortura que jamás pasa de largo, así que si ha leído hasta este punto, es lo que se llama una persona sana, capaz de amar como decía Freud. Cuando empiece a enloquecer se dará cuenta de lo idiota del término “sano” y verá con claridad cómo cualquier clasificación taxonómica de su patología es apenas un escudo que los demás interponen para que no les contagie. Sea como fuere, si quiere atisbar el infierno del que hablo y se ve capaz de llevar a cabo la órfica tarea de no quedarse en él, lea a Leopoldo María Panero o a alguno de los autores mencionados en la parte siete como si hubiese alguien jugando a la ruleta rusa con su cabeza y apretando el gatillo una vez cada dos o tres minutos.

Como brevísima síntesis referiré que Marina Avia era una persona de una fuerza inmensa, demoledora y con centro en todas partes. También: una flor venenosa es una vorágine de labios en espiral.

Parte doce: una sugerencia que me hizo M

La próxima vez que entres en la consulta del dentista pregúntale si sabe lo que es un baobab. Te responda lo que te responda, empieza a golpearle e intenta matarlo, pero no lo dejes inconsciente. Mientras le pegas piensa en que le estás pegando. Piensa en que eres tú diciéndote a ti mismo que le golpees, ordenando y registrando, es decir, ficcionalizando, cada golpe. Toma una bocanada de aire y escucha el olor de la esterilidad mezclado con el de la sangre fresca. Sólo en ese momento, y esto lo he descubierto tras una larga y profunda reflexión y muchas pruebas, serás plenamente consciente de que, en el fondo, no eres más que un personaje de una historia, lo cual no es nada nuevo, pero lo peor de todo es que te darás cuenta, de forma irreversible, de que esa historia la estás escribiendo tú mismo.

Parte trece: fin

—La envidia

—Excelente. Ya puedes irte. Saluda de mi parte. Y, por lo que más quieras, no te olvides de cerrar la puerta al salir.

M se encaminó por el corredor blanco salpicado por cadáveres de perros negros y marrones sobre el que la nieve caía, aburrída, y cuyo fondo no era sino un borrón de niebla desdibujada.

Y entonces, Madrid siguió lloviendo.

El color de un mundo mágico

José María Pérez Córdón

Alicia caminaba a lo largo de la plaza, arriba y abajo, nerviosa, como el día en el que Arturo y ella comenzaron a salir hace cuatro años, pero de un modo radicalmente distinto, casi enfermizo. Esta vez esperaba malas noticias. Las mariposas que volaban en su estómago la estrangulaban, le hacían un nudo que casi no la dejaba respirar. Sumergida en sus pensamientos, a cada paso que daba se sentía más cerca de derrumbarse y no parar de llorar.

Arturo llevaba fuera un par de semanas escasas, pero el último par de meses había desgastado a Alicia. Vivía por costumbre. Su sonrisa antaño cautivadora, era ahora meramente un triste acto reflejo para intentar ser feliz. “Creo en nosotros”, pensaba abrazada a su novio en la cama cuando él ya dormía, “sé que podremos superarlo”. Siempre se había sentido una chica fuerte, valiente, pero desde hacía un tiempo, cuando se miraba en el reflejo de un escaparate o frente al espejo, solo veía a una niña temerosa y apagada, llena de dudas y secuestrada por la incertidumbre.

Comenzó a llover y se refugió en unos soportales. Había olvidado su paraguas. Arturo llegaba tarde. Sonó su móvil y deslizó rápidamente su mano en el bolsillo de su abrigo carmín. En cuanto encendió la pantalla, su esperanza se resquebrajó un poco más y sus nervios crecieron. Marta le había escrito al *whatsapp*. “Tenemos que hablar”. Diluviaba.

Mirando el móvil, no se había percatado de la llegada de Arturo. Ahí estaba él, como siempre, pero ella no conseguía verlo del mismo modo. Sus ojos

estaban tristes, pero decididos. Su rostro impertérrito, bajo la sombra de su paraguas negro. Su bufanda gris casi le tapaba unos labios donde Alicia tantas veces había encontrado refugio y en los que hoy solo percibía una mueca seria y fría que le congelaba el alma.

Casi por inercia se adelantó a darle un beso al que Arturo apenas correspondió, y casi por inercia supo lo que aquello significaba: un adiós.

Alicia volvía a casa con su rostro empapado en lágrimas. Se sentía tan abatida como si Arturo hubiese muerto. “Y en parte es así”, pensaba ella. Todo el futuro que había imaginado y al que se había abrazado estos últimos meses había terminado de desvanecerse entre sus manos. Arturo no había fallecido, pero sí la vida que esperaba, y en su interior no quedaba nada más que el terror a la soledad que creía que la acosaba. Únicamente el aguacero que estaba cayendo, y que la había dejado calada hasta los huesos, disimulaba la mueca de su cara. O eso pensaba Alicia. Por suerte no quedaba nadie en la calle para comprobarlo.

Aunque difícilmente era capaz de ver algo delante de ella, conocía el camino a la perfección. Lo había repetido igual cada día durante los últimos seis años. De su casa a la facultad y viceversa. Sabía de memoria cada esquina, cada tienda, cada rincón de aquel barrio. La tetería *Yasaman*, la frutería de Manolo, el quiosco de Ana, el Mercadona de la esquina, la mercería de Eugenia en la placeta de la puerta del sol, la librería de segunda mano con un cartel de madera de roble en el que apenas se leía “el cajón de sastré”...

Y entonces cayó en la cuenta. Nunca había entrado en ese puestecito. De hecho, ni siquiera lo recordaba. No llamaba mucho la atención y quizá siempre había estado demasiado atenta al móvil cuando andaba por la calle,

hablando con Arturo, o mandándole mensajes a Marta para que ésta le comentase su última peripecia. O tal vez era una tienda nueva. En cualquier caso, pensó Alicia, era un buen sitio para pararse como cualquier otro, y quizá encontrase algún libro en el que perderse durante unos días y descansar. Respiró hondo, intentando silenciar sus últimos sollozos, y entró.

El local era oscuro y mucho más estrecho de lo que parecía desde el exterior. Las paredes no se veían detrás de unas estanterías que iban desde suelo al techo y que cubrían incluso el más mínimo rincón de la tienda, repletas de libros de todo tipo, apilados de mil maneras diferentes, hasta no dejar ni un mísero hueco a través del cual intuir el color del muro que se ocultaba tras ellas. Al fondo, iluminada por una arcaica lámpara con un tapete con estampado de flores desgastado y viejo, una anciana ojiplática que miraba a Alicia sin ni siquiera parpadear. La chica se sonrojó, avergonzada del charco de agua bajo sus pies.

Sonó su móvil y apartó la mirada, ligeramente aliviada, de la tendera. Su mano rebuscó en el bolsillo de su abrigo carmín y tras mirar unos segundos el led que se iluminaba en el dispositivo, decidió desbloquearlo. Era Marta: “Porfa, contesta”. A punto de echarse a llorar, el ruido de una cortina al moverse la sacó de su melancolía. La anciana había desaparecido de su vista. El olor a humedad y a libros antiguos que congestionaba el ambiente se vio aliviado por una suave fragancia de jazmín.

Pasados unos segundos, la librera, que apenas medía metro y medio, volvió a aparecer con una tela de color bermellón en una mano y una taza de té en la otra.

—Amos, jovencita —dijo la anciana con amabilidad—, quítate ese abrigo empapao y sécate con esto. ¡Vas a ponerte mala! Y toma, un té recién hecho pa' calentarte el espíritu.

—Gra... gracias —balbuceó mientras se quitaba el abrigo.

La tela era suave, extraña al tacto, muy cálida. Sorprendida, notó cómo absorbía prácticamente toda la humedad de su ropa solo con un ligero roce. Aun temblando de frío, cogió la taza de té y sorbió. Era absolutamente delicioso, y muy embriagador.

—¡Amos, muchacha, aprisa! —Le espetó la anciana—, no tenemos to'l día. ¡Te están esperando!

—¿A mí? —preguntó la joven sin dar crédito—, ¡pero si nunca antes he entrado en esta tienda!

—¿Te llamas Alicia, no?

—Sí... —respondió susurrando de manera dócil, algo asustada.

—¡Pos entonces te están esperando! —dijo mientras la cogía de la mano—, ¡Aprisa!.

En la pequeña trastienda, tras una cortina, en la esquina más oscura y sobre una diminuta cama que no parecía especialmente cómoda, yacía una mujer joven que aparentaba la misma edad que Alicia. Sus cabellos, cobrizos, pero con un brillo que recordaba al suyo propio, estaban recogidos en una complicada trenza. El olor a Jazmín que emanaba de ellos al más mínimo movimiento de la misteriosa chica era tranquilizador. Su ropa, fantástica y futurística, no se parecía a nada que hubiese visto nunca antes Alicia, excepto quizá a la extraña tela bermellón que aún descansaba sobre sus

hombros. Su rostro era sencillo, su mandíbula fuerte, sus labios delicados, adornados con un pequeño lunar encima, a la derecha de su nariz chata. Un mechón de pelo abundante que se había escapado de su trenza le tapaba un ojo, pero el otro era absolutamente fascinante. Brillante, con manchas que parecían de caramelo, Alicia podría haberse quedado observando cada pequeño detalle de su iris durante horas. Aun tumbada, su postura emanaba fuerza y entereza. Parecía una guerrera, una guerrera fuerte y valiente, postrada por las heridas de una batalla. El hechizo se rompió cuando la anciana le dio un codazo a la joven.

—¿Qui... Quién eres? —preguntó Alicia.

—¿Quién eres?! — saltó la tendera, sin esperar a que la chica recostada respondiese —, ¿Quién eres? Va y dice. Ca' día son más tontas, en serio. Por to' lo sagrao, ¡espabila! ¿Qué leñe importa quién? Ella sabe quién eres tú y punto. ¿Qué? ¿Qué quiere?

—Disculpa a la yaya —dijo por fin la guerrera. Su voz fuerte, aunque temblorosa, era ronca y áspera—, está muy nerviosa por mis heridas. Y tampoco es habitual que tengamos que pedir ayuda. Me llamo Caaili. Soy la última de las grandes paladines del Reino de Siempreocaso, un mundo mágico que se extiende entre las medianerías de vuestros edificios y a través de las grietas de vuestros monumentos. Y nadie salvo tú puede salvarnos de perecer a manos del terrible Fablistanón.

Alicia salió disparada de la trastienda, más enfadada que asustada, enfurecida por una broma tan pesada, mientras escuchaba refunfuñar de fondo a la anciana.

—Tonta no, lo siguiente —mascullaba entre labios la tendera—, ¡¿Pero ande vas, alma de cántaro?! Que en todavía no te hemos dicho qué tienes que hacer.

La chica estaba ya en el marco de la puerta, dispuesta a irse, cuando sonó su móvil de nuevo. Se dio cuenta entonces de que aún no llevaba su abrigo, que no había echado en falta gracias a la tela bermellón que la había secado y que tanto abrigaba. Lo localizó en el mostrador, donde aún esperaba la yaya, con el ceño fruncido. Alicia dio media vuelta y recorrió la librería, que ahora parecía infinitamente más larga que cuando entró, bajo la atenta e inquisidora mirada de la anciana. Cogió su abrigo y buscó su móvil.

“Soy tu amiga, quiero ayudarte”, decía el mensaje de Marta. “Sé que Arturo te ha contado lo que pasó, y lo siento. Pero por encima de todo, soy tu amiga. Aquí estoy, para lo que necesites. Ahora más que nunca. Porfa contesta.”

—¿La señorita se decide ya a hacernos caso? —preguntó con rabia la yaya, presa de la impaciencia.

—La señorita se decide —dijo Alicia resignada, pensando que cualquier cosa sería mejor en ese momento que afrontar el mundo real. Y volvieron juntas a la trastienda.

La tendera ayudó a Caaili a sentarse al filo de la cama mientras algún quejido de dolor se le escapa a la guerrera por la comisura de sus labios, cerrados con rabia. Ya en el borde, enderezó la espalda y sonrió a Alicia.

—Puedes retirarte, yaya —dijo con tranquilidad—, yo hablaré con ella.

La anciana volvió al mostrador mascullando entre dientes pero Alicia, esperando a que la paladina hablase, prefirió ignorar las coloridas palabras que le estaba dedicando.

—Hablaste del Fablistanón —rompió el hielo Alicia—, ¿eso no era un poema?

—Un poema, en efecto —contestó Caaili sin mostrar ningún atisbo de sorpresa—. Un poema que se ha corrompido para convertirse en su propia antítesis, una úlcera que devora nuestro mundo, un vacío negro que absorbe todo lo que toca.

—Pero... suponiendo que te crea —repuso la joven—, ¿qué puedo hacer yo?

“Mocosa deslenguá”, gritó la yaya de fondo. Caaili se sonrojó un poco pero continuó.

—No hay tiempo ahora para eso. Ayúdame a levantarme y partiremos de inmediato. En cuanto estemos de camino te lo explicaré todo.

—¿Y cómo llegaremos hasta allí? —preguntó Alicia, aún dubitativa—, si voy a marcharme, debería avisar a alguien...

“Y que no para con las preguntas tontas la mu lerda”.

En ese momento ninguna de las dos muchachas pudo contenerse más y comenzaron a reírse a carcajadas.

—¿Pero qué os pasa ya, leñe? —dijo la yaya entrando en la trastienda—. Que ‘ora la tontuna se contagia. ¡‘Tamos avias! ¡Amos ya, leñe!.

La anciana se dirigió a un lado de la cama y abrió una pequeña puerta que Alicia no había visto antes. Cogiendo a Caaili de la cintura, las dos chicas atravesaron el portal.

La visión al otro lado dejó sin palabras a la joven, que vio el que sin duda era uno de los atardeceres más bonitos que nunca había contemplado. El sol, apenas visible ya tras unas montañas cubiertas de robles, liquidámbaros y caquis, iluminaba un prado lleno de rosas, claveles y unos graciosos jazmines a juego con las nubes de color amaranto que adornaban un cielo bañado de tonos escarlatas. La paz de esa visión chocaba con el silencio tan abrumador que reinaba. Ni una brizna de viento, ni un ave graznando, exclusivamente la nada más absoluta.

—Debemos andar todavía un largo trecho —dijo Caaili, susurrando sobrecogida por aquella atmósfera—. Vayamos al saliente, desde allí verás una pequeña ciudad al fondo del valle...

—¿No deberíamos descansar? —preguntó Alicia mientras ayudaba a la paladina a dar los primeros pasos—, está anocheciendo y no hemos traído ninguna luz. Ni siquiera tengo mi móvil. Lo dejé en la tienda y...

—Siempreocaso, ¿recuerdas? —interrumpió Caaili sin acritud—. Es el nombre de este reino. No se nos hará de noche, mientras lleguemos a tiempo.

El terreno descendía bruscamente más allá del borde y solo una pequeña vereda descendía hasta lo más profundo de la hondonada, en cuyo centro descansaba un pueblo que parecía hecho de cuarzo y desde el que subían sonidos de risas, de cantos y de alegría. “Si el sol lo iluminase, resultaría fulgurante”, pensó Alicia, pero una pesada sombra se cernió sobre las edificaciones y avanzó hacia ellas. Al principio únicamente la percibió por

el raballo del ojo, pero entonces se asustó. Un sentimiento de terror absoluto la dominó. Allí al fondo, a los pies de la vereda, estaba parada una silueta negra como la noche más oscura, informe, como si la hubiese coloreado un crío sin respetar sus bordes. Más una sensación que un ser vivo, era como una grieta en un lienzo. No era capaz de verla, eso era lo extraño. La veía porque no era capaz de ver nada en ese lugar. Era un vacío en mitad del paisaje, que absorbía todo brillo, toda emoción. A su paso, toda vida se interrumpía o se transmutaba. Los pájaros, que cantaban alegres melodías corales, callaban. Los niños dejaban de jugar y los adultos paraban de discutir, charlar o lo que estuviesen haciendo en aquel instante, como si entregasen sus almas a una oscuridad que las devoraba por completo y los convertía en autómatas. Las fuentes del pueblo, de las que brotaban oro y ambrosía, se detenían por completo o comenzaban a escupir simple agua. Incluso el cristal diamantino con el que se modelaban las casas se convertía en una triste piedra seca y rugosa.

El Fablistanón le devolvió la mirada a Alicia, que comenzó a escuchar los susurros de miles de voces inarticuladas, sin ritmo ni armonía. La confusión fue cada vez mayor en su mente, el vértigo la invadió, la negrura pareció extenderse cubriendo sus ojos, llorosos, y pronto no vio nada más. Gritó al sentir como el peso de Caaili se resbalaba de su brazo. Mientras sus piernas se desplomaban en aquel vacío que la había invadido, pudo sentir cómo su garganta se marchitaba y enmudecía. Todo lo que quedó fue el negro y el silencio. Y frío, mucho frío, como el que nunca había sentido nadie vivo.

Frío, como el de la superficie rocosa contra la que Alicia apoyaba su cara. Cuando comenzó a abrir los ojos, pegó un repullo. Seguía estando todo oscuro, le dio miedo imaginarse por siempre sumida en esa oscuridad.

Entonces alguien la tomó de la mano, giró su cabeza, y pudo comenzar a entrever algo.

—Tranquila —la intentó calmar Caaili mientras entrelazaba sus manos con la de ella—, estás bien. Te desmayaste y caíste monte abajo, hacia esta gruta. La tela que te dió la yaya te protegió de la mayor parte de rasguños. La llevabas bien sujeta...

Los ojos de Alicia comenzaron a acostumbrarse a la oscuridad y con la poca luz que entraba hasta el lugar donde se habían escondido, pudo comenzar a intuir el rostro de su amiga. Su voz, ronca y áspera, le había parecido hace un instante más temblorosa y algo apagada. Y no se equivocaba, el rostro de la paladina no dejaba duda: había estado llorando. Entonces Caaili la miró y se levantó apoyándose a duras penas contra la pared. El dolor que le producían sus heridas era evidente, pero se negaba a darse por vencida. Y eso insufló nuevas fuerzas en Alicia, pese al dolor de cabeza que ahora la acechaba.

—Lo... —Se le trababan las palabras a la guerrera—. El miedo al Fablistanón, a lo que podía ocurrir si no... me precipité. Y tú no estabas preparada. Lo... lo siento.

Alicia quiso levantarse, pero al apoyar su peso sobre el pie sintió un dolor agudo, como si le atravesasen el tobillo con un clavo ardiente, y tuvo que volver a sentarse.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Alicia no sin gran dificultad. Su garganta estaba muy seca y rasposa. Lo que fuera que le había hecho aquella sombra, había dejado huella.

—¿Conoces la fábula de la gata de Schrödinger?

—Gato —contestó la muchacha—, ¿no era un gato? Y no era una fábula, ¿no?

—Era una gata. Todo el mundo lo sabe. Pero vamos al grano —Caaili volvió a sentarse, esta vez delante de Alicia, mirándola a los ojos—. Alguien te ha dado una caja. En su interior hay una gata, una cápsula de veneno, y un dispositivo que aleatoriamente puede romper la ampolla, liberando la ponzoña y matando a la gata. Lo que dice la fábula...

—Paradoja...

—Fábula —insistió la paladina con cierta dureza—, cuando termine lo comprenderás. Lo que dice la fábula es que hasta que no abras la caja...

—La gata no está ni viva ni muerta. ¿Qué tiene que ver todo esto con el Fablistanón?

—Todo. Si me dejas continuar... —dijo burlona Caaili.

—Cuando te pones así te pareces a la yaya, ¿sabes?

El gesto de la paladina era una mezcla entre incredulidad, impaciencia y diversión. Hacía mucho tiempo que no tenía alguien con quien reírse, incluso cuando la situación no invitaba a ello.

—Mientras la caja sigue cerrada —prosiguió la paladina—, la cápsula se habrá roto o no, y la gata subsistirá en un estado de vida y muerte simultánea. Pero cuando la abres, la realidad se decanta. ¿Nunca te has preguntado qué ocurre en el interior de la caja?

Alicia la miró extrañada.

—La gata —respondió Alicia, que sintió como si una bombilla se iluminase en su cabeza dándole una idea feliz—. La gata sería la primera que hubiese visto si la cápsula se ha roto o no.

—Pero es tu observación —continuó Caaili—, la que determina si la gata está viva o muerta. Ahora imagina que tú estás en una habitación cerrada y yo entro desde fuera para ver si abriste o no la caja y qué ocurrió.

—Podría no haberla abierto, haberla abierto y que la gata estuviese viva o haberla abierto y que la gata estuviese muerta. Pero estando yo dentro de la habitación... —se sorprendió Alicia a sí misma siguiendo con el razonamiento—, ¿sería mi voluntad o la tuya la que se impondría? O lo que es más terrorífico aún...

—¿Es todo un juego de voluntades?

—Exacto.

—La yaya solía decirme que la magia es voluntad.

—Pero las implicaciones de todo esto, son... ¡enormes! ¿Toda la realidad depende de una sola voluntad?

—O de una lucha sin fin de voluntades que se van entrecruzando, creando una realidad objetiva externa a cualquiera de ellas.

Alicia guardó silencio. Se sentía sobrepasada por todo lo que estaba ocurriendo aquel día y lo que le estaba contando Caaili era sólo la gota que colmaba el vaso. Sintió que su mente se desbordaba y se dispersaba en mil direcciones diferentes.

—Ahora bien... —reflexionó Alicia, más para sí misma que esperando una respuesta—, ¿qué tiene que ver todo esto con Fablistanón? ¿Con lo que me pasó?

—Originalmente el Fablistanón era un poema sin sentido, una oda a la imaginación, con palabras inventadas sin un sentido estricto.

—Pero se corrompió, dijiste —murmuró la joven—, se convirtió en su antítesis.

—En una negación de la voluntad de vivir. O quizá en una voluntad más fuerte que ninguna otra, pero absolutamente nihilista, completamente enfocada en la supresión de cualquier otra realidad que no sea la suya propia.

De nuevo ambas se callaron. Caaili ni siquiera miraba a Alicia a la cara, sino que apartaba su rostro hacia la pared de la gruta en la que se encontraban. Pasado un rato, Caaili se levantó y empezó a caminar arriba y abajo, pensando qué debería decir a continuación, buscando la palabra exacta, el momento preciso...

—Pensé que tú... —susurró la paladina, dejando resbalar las palabras—, pensé que tú, viniendo de un mundo como el tuyo lleno de maravillas asombrosas y realidades terribles... pensé que con las experiencias de tu vida... pensé que podrías vencer al Fablistanón... pero....

—Te equivocaste.

—Me equivoqué.

—Pero no del modo en que piensas.

Las dos amigas salieron juntas de la cueva, agarrándose mutuamente para conseguir avanzar, la una apoyándose en la otra. El paisaje que les dio la bienvenida resultó inquietante para ambas. El sol todavía brillaba, resistiéndose a ser vencido por la oscuridad, pero cada vez eran menos los haces de luz que atravesaban la densa y oscura niebla que se estaba formando sobre la hondonada. Las sombras que se proyectaban eran amenazadoras y el silencio perturbador, pero las dos chicas se sentían más fuertes que nunca.

Alicia levantó la cabeza y pudo contemplar el saliente desde el que había caído. La gruta de la que acababan de salir se situaba unos veinte metros por debajo. Pensando en su tobillo, se sintió afortunada de que no le hubiese ocurrido nada más grave al desmayarse. La vereda se perdía entre la maleza y resultaba imposible decir a ciencia cierta por donde discurría, excepto por una sensación de congoja que le aprisionaba el corazón cuando dirigía su mirada en una dirección concreta.

—El Fablistanón —señaló la chica—. ¿Tú también lo notas?

—Sí —respondió Caaili—. Tenemos que ir hacia allí.

El Fablistanón seguía su oscura ruta de destrucción. Una porción del sendero se desprendió a su paso y un alud de tierra amenazó con enterrar la antaño ciudad de cuarzo en el olvido. Las rosas se marchitaban y los jazmines perdían sus pétalos. Los árboles se retorcían de extrañas maneras, víctimas de un dolor imposible y sus hojas ennegrecían y caían al suelo, abrasadas por una fuerza invisible. En lo más hondo del valle, la sombra era ya tan profunda como una noche sin luna y sin estrellas. La temperatura descendía y congelaba el agua de las fuentes. El Fablistanón continuaba su camino como una fuerza de la naturaleza, sin objetivo ni remordimiento.

Las chicas se aproximaban atravesando unos arbustos que les llegaban a la cintura, al principio suaves pero que se habían ido volviendo más densos y ásperos conforme caminaban, como si les hubiesen salido espinas y quisieran evitar que avanzasen.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Caaili.

—Sí, sí. Tengo que estar en casa para cenar, así que mejor no retrasarse —respondió Alicia con un guiño.

No mucho después por fin lo vieron, de lejos, tras una miríada de árboles, aun caminando por el sendero. La sombra informe aparentaba no prestarles atención, pero la marea de sentimientos que inundó a ambas muchachas funcionó como una bengala para el monstruo. El Fablistanón se giró y con él pareció que lo hacía de algún modo todo el paisaje. Los arbustos más cercanos a ellas comenzaron a retorcerse, hilando una red más tupida, mientras alrededor de aquel engendro las plantas se secaron y cayeron reducidas a cenizas. Los árboles gritaron, si es que eso era posible, y se plegaron a la voluntad del monstruo, adquiriendo formas amenazadoras y tapando con sus ramas la luz del sol mientras sus hojas iban desprendiéndose una a una y, junto con los trozos de corteza que iban saltando con cada nuevo crujido, produciendo una nevada tétrica de fragmentos que parecía anunciar el fin de todo.

Alicia y la paladina se miraron mutuamente a los ojos y encontraron fuerza y decisión reflejados la una en el rostro de la otra y dieron un paso adelante. Se levantó una brisa gélida acariciando sus mejillas. Unos susurros cacofónicos inundaron sus mentes.

Dieron otro paso. La tempestad apretó. Las cenizas caían con más fuerza, como si el mismo cielo estuviese ardiendo y consumiéndose. El viento

arreció. Las púas de los matorrales se extendieron y se astillaron. Las voces en su cabeza sonaban más fuerte y se fundían con el ruido del torbellino que parecía estar formándose.

Y otro. El Fablistanón extendió sus brazos hacia atrás y luego hacia las chicas. El vendaval hacía complicado mantenerse en pie y las jóvenes tuvieron que agacharse un poco, para resistir mejor el embate de la ventisca. Algunas palabras se elevaban sobre el ensordecedor fragor que las rodeaba. “Ríndete”. “Asúmelo”

Adelante. La criatura entrecerró sus puños, como si quisiera agarrarlas. El suelo se levantó y comenzó a quebrarse. Los arbustos fueron barridos, desintegrados. Porciones de la ladera se resquebrajaban y caían. Había ya tanta ceniza en el ambiente, que apenas se observaba nada a más de quince metros. La ventisca era tan fuerte que Caaili cayó de espaldas y gritó, aunque apenas era audible por encima del coro que resonaba ya en su interior. “Déjala”. “Fallaste una vez y volverás a hacerlo”. “¡No eres capaz!”. Su amiga dio la vuelta e intentó levantarla, pero con su tobillo herido no podía conseguir apoyo suficiente.

—¡Es inútil! —alzó Caaili la voz—, ¡No puedo levantarme! ¡El viento me está desgarrando! ¡No alcanzaremos al Fablistanón! ¡Nos triturará!

Alicia dudó durante un momento. Vio la cara de la paladina, llena de pequeñas heridas, y comprendió algo. “¡La manta bermellón de la tía! Me secó en la tienda, me protegió en la caída... ¡Y me protege ahora! ¡Está intacta!”.

—¡No te preocupes! —gritó Alicia a pleno pulmón—. ¡Seguiré yo! ¡Tú cree en mí! ¡Si tú crees que puedo, y yo confío en ti... Entonces podré, como tú me dijiste!

La paladina asintió y la muchacha dio media vuelta, dispuesta a continuar sola.

Siempre adelante. Aquella pesadilla informe gritó. La pared de la montaña a su espalda desapareció. Las raíces de los árboles asomaron debajo de los trozos de suelo que comenzaban a flotar en el aire, como si la gravedad también estuviese despedazándose. Las sombras alrededor del rostro de la criatura empezaron a diluirse dejando vislumbrar algunas de sus facciones. Una voz se acentuó sobre el resto. La chica no podía admitir lo que veía.

—Alicia... —dijo la voz.

—No, no puede ser...

—Alicia... deja que te abrace —dijo la sombra, mientras relajaba sus manos y adoptaba una posición más acogedora—, déjame que volvamos a ser uno...

—¿Tú? —preguntó incrédula—, ¿Cómo es posible?

—Solo tienes que aceptarlo, y será verdad. Volveremos a estar juntos, tú y yo. No más dudas ni más engaños. Juntos...

La tempestad parecía haberse calmado aunque a su alrededor todo continuaba en un movimiento frenético y alocado, como si se encontrasen en el ojo del huracán. “¿Sería tan fácil?”, pensaba Alicia.

—No más sufrimiento, mi vida. Abandónate a mí. Deja de sentir pena... nunca más.

La chica ni siquiera contenía las lágrimas. El estruendo que invadía su mente no la dejaba pensar con claridad.

—¿De verdad eres tú? —dijo con la voz entrecortada, sollozando—. Daría... daría lo que fuera, aunque fuese por un beso más.

“¿Qué leña importa quién?”, escuchó a la tía decir en su cabeza entre las mil voces que se arremolinaban en su interior. “¿Qué? ¿Qué quiere?”.

Alicia guardó silencio durante unos segundos que debieron parecer eternos.

—Rendirme a ti... ¿de nuevo? —dijo con una firmeza que la sorprendió incluso a ella—. Nunca.

Y el monstruo volvió a gritar.

Un paso más y otro y otro. Lo que todavía podía verse del paisaje no era ya más que una gran llanura. Lo que quedase detrás del viento y del polvo sólo podía imaginarlo con desesperación. “Si es que queda algo”, pensó. Los árboles flotaban en mitad de la nada y el resto de vegetación había desaparecido, corrompida y consumida por la ira de aquel horror. Su presencia se iba disipando, difuminada en todas direcciones. Alicia estaba prácticamente ya a un palmo de él y podía ver con bastante claridad su rostro, su mandíbula fuerte, sus labios delicados trazando una extraña mueca, presa del sufrimiento y la incertidumbre. Las sombras casi se habían agotado y entonces la chica los vio al fin, los verdaderos ojos del Fablistanón, brillantes, con manchas que parecían de caramelo. El monstruo intentaba gritar, gesticulaba, pero ya no le quedaba voz.

Alicia volvió la mirada atrás, a su amiga Caaili, buscando aquellos ojos que podría haberse quedado observando durante horas, deleitándose en cada pequeño detalle. Giró de nuevo su cabeza, cara a cara con aquella criatura de oscuridad. Se fijó en su nariz chata. En su postura, que aunque llena de

dolor, emanaba fuerza y entereza. En el lunar que adornaba aquella boca, diminuta y elegante. Y supo enseguida dónde los había visto antes...

En cada espejo. En cada reflejo de un escaparate.

Alicia comprendió. Y actuó de la única manera que podía imaginar para acabar de una vez con aquel ciclo de odio. Se rindió al Fablistanón e hizo algo que éste no podría entender jamás. Le amó y le besó. Y una luz escarlata las bañó.

—¡Alicia! —gritó una muchacha—. ¡Ya despierta!

Aun con la visión borrosa, la joven reconoció dónde se encontraba. Hileras de libros se apilaban en unas estanterías viejas y algo sucias que cubrían cada pared de la tienda. Su abrigo, empapado, descansaba sobre una vitrina próxima, apenas iluminado por una lámpara destartada y fea. Restos de una pequeña taza de porcelana se amontonaban a sus pies, aun mojados, como la tela antes bermellón, y ahora casi granate, fría y chorreante, que la rodeaba y a la que se aferraba. Su vista comenzó a aclararse y pudo reconocer el rostro de la chica que estaba arrodillada delante suya, acariciándole la mejilla.

—¿Marta? —murmuró de forma casi inaudible.

—¡Ya tamos con las preguntas tontas! —gritó la yaya, que había salido de detrás del mostrador por sorpresa—. ¿Y qué iba a hacer contigo aquí esmayá? Pos he llamao a tu amiga, la de los mensajitos.

Alicia miró de nuevo a su amiga Marta, vestida con el chándal que se ponía para estar por casa y con unas zapatillas de deporte, con su pelo rizado negro recogido. Resultaba obvio que había salido corriendo en cuanto la anciana tendera la había telefoneado.

—¿Estás...? —se le quebraba la voz a su amiga—. ¿Estás bien?

—He tenido días mejores —respondió Alicia con una sonrisa—. ¿Pero sabes? Ya no tengo miedo de lo que tenga que pasar. Sé que seguiré adelante, siempre adelante. Y que nunca estaré sola.

Y las dos amigas se abrazaron mientras rompían a llorar.

Cuando el hielo quema

Javier Rodríguez Árbol

0°C

Era la primera vez que veía la nieve. Aquel diciembre había sido especialmente frío y la medianoche del viernes la oscuridad del cielo estalló en una batalla de almohadones de plumón. Cuando me desperté, los restos de la contienda cubrían los coches que dormían a la intemperie, dándoles a los árboles un aspecto de adorno navideño. Mi madre insistió tanto en disfrazarme de cebolla esquimal que cuando pude pisar la acera el sol ya había fundido la nieve más expuesta. Los niños que madrugaron más que yo se habían encargado de ir acumulando los restos blancos que se amontonaban en el capó de los coches, en las tapas de las papeleras y en los bancos de madera. Se negaban a compartir el botín. Deambulé solo por las calles más apartadas del barrio, sin suerte. Finalmente, encontré un coche intacto en el callejón sombrío que daba a las vías del tren, parecía envasado en corcho blanco. Mis dos hermanos eran muy pequeños para bajar a la calle aquella mañana, el mayor apenas comenzaba a dar sus primeros pasos. Quería enseñarles esa sustancia mágica, dura y fría, que había caído del cielo, la que salía en todas las películas que empezaban a emitir por aquellas fechas. Me quité los guantes, hice un cuenco con mis manos desnudas y acomodé toda la nieve que me fue posible, a esas horas ya no era más que hielo sucio. Enfilé el camino de regreso a casa lo más rápido que pude, sintiendo entre los dedos aquel frío polar. A mitad del trayecto la sensación cambió: comencé a experimentar un calor extremo, desagradable, me quemaban las manos. ¿Cómo era posible si llevaba nieve? Aquel montón de nieve blanca y mentirosa me quería engañar, se creía que por ser la primera vez que la tocaba podía hacer conmigo lo que

quisiera, pero no pensaba soltarla. Cuando llegué a casa, entre las manos húmedas y enrojecidas, sólo tenía un cubito de hielo para mostrarles, nada diferente de los que había en la nevera, a excepción de la suciedad, como de tierra, que lo recubría. Me pasé lo que quedaba de fin de semana sin poder usar las manos.

-5°C

En Varsovia la nieve es como las naranjas que ruedan por el suelo de las plazas andaluzas. No vas a ver a ningún varsoviano con la boca abierta ante el espectáculo de una gran ciudad hundida hasta las rodillas en un mar blanco inmaculado. Le prestarán atención cuando el calor de los coches y los pasos de la gente la hayan transformado en una plasta marrón grisácea que se les cuele en los zapatos, para maldecir su suerte. Pero yo no era varsoviano. Quizás pudiera fingirlo por un momento, conseguir que mi cara pasara desapercibida entre tantas otras, medio ocultas por bufandas y gorros de lana. Sin embargo, en cuanto abría la boca se deshacía el hechizo, y la nieve cayendo entre las luces de la capital me la abría de par en par.

El olor de los pasajes subterráneos de la estación central conseguía lo contrario. Una mezcla de meados, alcohol derramado y puestos de comida rápida. Nunca se atenuó la impresión que me causaban los borrachos que se movían por aquel laberinto de comercios minúsculos y desordenados. Nunca entendí lo que se balbuceaban entre sí, ni lo que le gritaban a las señoras que pasaban por delante, concentradas en ignorarlos. Nunca supe dónde ni qué comían, o dónde se refugiaban para pasar la resaca. Nunca los vi comiendo, tampoco los vi sobrios. Nunca tuve valor para adentrarme en uno de esos tugurios tenebrosos, con un cartel de salón recreativo en la puerta, donde decían que servían cerveza a cinco zlotys. Aquel día, bajo la marquesina que anunciaba una tienda de suplementos para culturistas, un

hombre de edad indefinida dormitaba con la cara apoyada sobre el cemento. Tenía la barba sucia y restos de vómito en el abrigo. Olía como si en algún momento ya lejano se hubiera meado encima. Entreabrió el ojo izquierdo, bajo una ceja gris superpoblada, y me pilló mirándolo. Con una lengua pastosa me pidió dinero para cerveza.

-10°C

La chica que sale en la foto de perfil de Magda K. no es ella. No se puede identificar claramente la identidad de esa tez pálida, medio oculta por un velo de gasa negra y una pamelita a juego. Quizás, si has visto la película de culto donde aparece el fotograma, puedas reconocer al personaje. Si no, mientras descifras el enigma, te quedarás hipnotizado por esa boca roja como sangre deslizándose por la hoja de una espada. Promete besos que hieren de muerte, una mujer que causa problemas.

Magda K. (la real, la que no aparece en esa foto pero sí que responde al nombre del perfil) nunca ha causado problemas. En el pequeño pueblo de montaña donde siempre ha vivido todos la consideran una buena chica. Una buena hija, de una familia como Dios manda. Sin embargo, Magda se despierta cada día con la angustia de quien vive la existencia de otra persona. Habita una especie de cascarón hueco construido con expectativas, normas y convenciones que han sido acumuladas, cinceladas y traspasadas de generación en generación. Ella se mueve y habla desde dentro de esa jaula con forma de chica formal, rellenando los resquicios que le han dejado en blanco, bombeando su sangre por el interior de la muñeca. Magda vive ocupando el vacío.

Pero hoy es diferente, la muerte de mamá ha cambiado todo, aunque aún siente el peso de dos duros años de lenta e implacable enfermedad. Todavía

se acuerda cuando el doctor Sklodowski la cogió del brazo, cuando su madre ya estaba saliendo por la puerta de la consulta, y le susurró al oído:

- Ahora tienes que ser fuerte, Magda, ella te necesita a su lado para luchar.

Curiosamente, Magda K. nunca vivió el proceso como una lucha. A través de sus ojos veía la actitud de su madre más bien como resignación y abandono ante un castigo impuesto desde arriba. Algunos días mamá lo consideraba muy injusto, se lamentaba y lloraba desesperadamente. Otros ni siquiera se consideraba digna de objetar nada, simplemente permanecía en silencio, mientras dos lágrimas solitarias le recorrían las mejillas. Magda prefería la primera clase de días: le desagradaba menos consolar el llanto de su madre que imaginar qué pensamientos se ocultaban detrás de aquel mutismo insólito. La madre de Magda era popularmente conocida por su incapacidad para permanecer callada. Siempre tenía alguna opinión, aunque no supiera de qué se estaba hablando. Era como si el silencio le hiciese daño, o la pudiera absorber a una dimensión desconocida y peligrosa. Así que se esforzaba por llenarlo, destruyéndolo a cada instante. El hábito de escucharla parloteando continuamente desde la cocina convertía aquellos días silenciosos en angustiosamente inquietantes.

De entre todas las renunciaciones que tuvo que hacer Magda durante los dos últimos años, la que más le dolía era no haberse incorporado a la Universidad de Breslavia. Le resultó muy difícil terminar el bachillerato y prepararse para la prueba de acceso mientras cuidaba a su madre. Coincidió con la fase de metástasis y ya apenas podía alejarse de la cama donde una mujer a la que le costaba reconocer agonizaba. Magda K. fue la única alumna de último curso que no asistió a la fiesta de graduación. Ni siquiera pudo disfrutar cuando le comunicaron el resultado de su examen: la amargura que empapaba las paredes de su casa diluyó la sensación de

victoria y su media sonrisa como si fueran café soluble. El caldo que quedaba no había quien se lo tragara.

Su madre tuvo tiempo para decidir por ella qué iba a estudiar.

- Filología Polaca, como le corresponde a una chica decente y culta.- las palabras envolvieron a la hija con una densidad casi viscosa. Magda ni siquiera abrió la boca para rechistar, hizo una bolita con sus deseos y se los tragó sin agua.

Ocho meses después, en el compartimento del vagón que atravesaba la cuenca minera del Óder, todo aquello le parecía muy lejano. Mamá expiró su último aliento la víspera de Nochebuena, para que nadie olvidara la fecha del óbito. Al entierro acudieron unas setenta personas. Magda se ocupó de todos los trámites, pintó la casa por dentro y cerró la puerta con cerrojo. Todavía le escocían en la nuca las miradas de los vecinos. Filología Polaca era una carrera en desuso, que cada vez resultaba menos atractiva a la masa de jóvenes estudiantes con ganas de comerse el mundo. Quizás eso facilitó las cosas para que la Universidad aceptara su incorporación en el segundo semestre, a mediados de febrero.

Con la frente apoyada en el cristal, Magda fantaseaba sobre cómo sería su habitación compartida en la residencia de estudiantes y se preguntaba si se llevaría bien con su compañera. Por lo pronto, ya practicaba mentalmente la primera conversación que tendrían. Un gamo saliendo del bosquecillo que bordeaba la vía la sacó de su ensoñación, el animal se destacaba tanto en aquella llanura infinita cubierta de nieve blanca que parecía irreal. De repente, la puerta corredera que cerraba el compartimento se abrió. En el umbral aparecieron dos chicos jóvenes, riéndose ruidosamente.

- ¡Buenos días!

La anciana de vestido negro que se sentaba enfrente de Magda torció el gesto. La señora del niño pequeño que ocupaba el asiento contiguo se quedó mirándolos fijamente, con los labios apretados. El más guapo de los dos preguntó:

- ¿Están libres estos asientos?

Tuvieron que esperar a que el niño contestara:

- Sí, no hay nadie ahí.

- Con permiso...

En menos de un segundo introdujeron en el compartimento dos bolsas de deporte enormes, manejándolas como si no pesaran nada. El menos guapo se encargó de acomodarlas en el portaequipajes superior del lado derecho, colocando su entrepierna a la altura del rostro de la anciana e incomodándola visiblemente en el proceso. Magda asistía a la escena con estupor. El segundo chico le cazó la mirada y le sonrió. Ella volvió la cara rápidamente contra el cristal, rezando porque el calor que sentía en las mejillas hubiera pasado desapercibido. Los dos nuevos pasajeros ocuparon el espacio sin más miramientos, uno frente al otro, en los dos asientos que flanqueaban la entrada al cubículo. Empezaron a conversar animadamente, como si no hubiera nadie más allí. Magda se esforzaba por mantener la vista fija en el paisaje, pero su cabeza estaba en la conversación de los dos chicos. La anciana se disculpó y abandonó el compartimento con la mirada perdida por el pasillo. Magda aprovechó el movimiento para contemplar furtivamente al que le había sonreído. Al poco tiempo, el niño, que no tendría más de seis años, se interesó por la bufanda del Manchester City que llevaba uno de los chicos. Parecía una ametralladora de preguntas. Magda volvió a aprovechar la coyuntura, esta vez para romper su silencio

uniéndose a la charla, con un poco de torpeza que pasó desapercibida por el tono infantil de la conversación. Su madre siempre se había encargado de hablar, por lo que habitualmente ella se había limitado a asentir o a responder tímidamente las preguntas que directamente le dirigían. Se sentía incómoda cuando le tocaba llevar la iniciativa. El chico menos guapo le pareció especialmente simpático, hacía el intercambio de palabras más fácil.

Súbitamente, el tren fue aminorando la marcha hasta detenerse frente a un andén realmente básico. Un cartel oxidado los situaba en Malowice.

- Ya hemos llegado.- dijo la mujer, poniéndose en pie y apremiando a su hijo.

- Adiós.- se despidió el niño.

- Adiós, chaval. ¡Pórtate bien!- rieron los chicos.

El tren permaneció detenido unos diez minutos, durante los cuales descendieron un par de personas más y el revisor entró a comprobar los billetes.

- La acreditación de estudiantes, por favor- fueron las únicas palabras del funcionario, lacónico e impersonal.

- Aquí tiene- los chicos extendieron sus cartillas con solemnidad.

A Magda le gustó que fueran estudiantes, empezó a concebir el encuentro como una especie de bienvenida a la nueva vida que le aguardaba en Breslavia. Al rato la locomotora se puso en marcha, parecía que en ese tiempo nadie se había subido al tren. La flamante nueva estudiante salió al pasillo para desentumecerse.

- Voy a estirar un rato las piernas.- dijo con la mejor de sus sonrisas forzadas.

Los compartimentos contiguos tenían corridas las cortinas, ocultando su interior. El resto del vagón parecía desierto, sólo se oía el traqueteo metálico del tren tragando millas. Magda abrió una de las ventanas superiores del pasillo y un viento helado le revolvió el cabello. Se apresuró a cerrarla, como si estuviera haciendo algo ilegal. Le gustó la sensación de frío en el rostro y la imagen traslúcida que le devolvió el cristal de la ventana, con el pelo desordenado cubriéndole media cara y que recordaba vagamente a la Magda K. tradicional que se había subido al tren, pero cuyos ojos ahora poseían un brillo inédito.

Cuando volvió a entrar en su compartimento, los chicos estaban abriendo sendas latas de cerveza. No parecía importarles que no estuvieran frías.

- ¿Quieres?- una mano rápida sacó una tercera lata de una mochila.

- Eeh, no sé...- normalmente no tenía que enfrentarse a este tipo de decisiones, otros solían dejar claro qué es lo que debía hacer.

- ¿Cómo que no sabes?- risas.- Yo creo que eso quiere decir que sí que quieres.- el crujido metálico de la chapa abriéndose acabó con el titubeo de la chica.

Magda nunca había bebido cerveza. Para alguien que tomaba el té con dos cucharadas de azúcar aquel líquido tibio resultaba un trago muy amargo, pero se esforzó en fingir que el sabor no le resultaba desagradable.

- Vas a Breslavia, ¿no? ¿Estudias allí?

- Sí, voy a empezar Filología Polaca.

- Ya... La típica carrera de tías. Seguro que se te da genial aprenderte todas esas listas de autores.

A Magda le costaba trabajo permanecer en la conversación. Le venían a la mente terribles imágenes de un padre alcohólico al que nunca conoció. De hecho, hasta la adolescencia, creyó que su padre murió en una fábrica del este de Varsovia poco antes de que ella naciera. Era la versión que todavía creía la gente del pueblo. Cuando tenía catorce años su madre la pilló hablando con el hijo de la tendera y sus amigotes, en el patio trasero del taller del viejo Wojtek. No le dijo nada, sólo clavó su mirada dos o tres metros detrás de ella, como si pudiera ver a través de su carne, como si su hija fuera un espectro, sin dejar de caminar. Magda entendió que no debía estar allí. Cuando regresó a casa, mamá tenía el semblante muy serio.

- Magda, esos chicos andan bebiendo, no quiero que te juntes con ellos.

- Pero si no estábamos haciendo nada malo, mamá...

- Es hora de que sepas algo, hija: tu padre no murió en un accidente. Marko Karniewski murió ahogado en vodka, aunque continuara andando y respirando. Los hombres que se aficianan a beber se vuelven malos y estúpidos y, por mucho que te digan que te quieren, te harán daño. No confíes nunca en un hombre que bebe. Yo aguanté todo lo que pude porque amaba a tu padre, por lo menos al hombre con el que me casé. Tras cada paliza se largaba dando un portazo, diciendo que todo era por mi culpa. Al día siguiente, cuando yo ya había dejado de llorar, regresaba y me pedía perdón con un ramo de flores. Nunca olvidó que las violetas eran mis favoritas. Yo misma me consolaba alentando la idea de que dentro de aquel borracho miserable todavía quedaba algo del chico sensible y detallista del que me enamoré. Pero cuando me quedé embarazada de ti no pude soportar

la idea de que te criaras con él. Siete meses antes de darte a luz tu padre me pegó por última vez. Yo ya tenía la maleta preparada desde hacía días, escondida en el altillo. Cuando oí el golpe de la puerta cogí mis cosas y me dirigí a la estación sin mirar atrás. La tía Asia me recibió sin hacer más preguntas de la cuenta. Cuando vivía, a su marido también le gustaba la botella. Marko Karniewski nunca intentó ponerse en contacto con nosotras, no creo que ni siquiera se molestara en buscarnos. Para mí, tu padre está muerto... y para ti también, así es mejor. Prométeme que no vas a volver a acercarte a esos chicos.

Ahora a Magda todo aquello le parecía muy lejano, como si le hubiera pasado a otra persona. Sus compañeros de viaje no le parecían para nada estúpidos ni violentos. Al contrario, le resultaban muy interesantes y sofisticados. Sobre todo el de la americana. A pesar de que dentro del tren no hacía frío para seguir con la prenda puesta, la forma como él la llevaba transformaba el trozo de paño en una extensión de sí mismo, y a Magda le gustaba lo que decía de su forma de ser.

De repente le entraron unas ganas acuciantes de ir al servicio.

- Disculpad, voy al baño.- dijo levantándose de su asiento.

- ¡Por el pasillo a mano izquierda está el más cercano!- le advirtieron justo cuando salía por la puerta.

- Gracias.- respondió volviendo la cara para lanzar una sonrisa.

Magda pensó que después de hacer sus necesidades en el aseo de aquel vagón ya estaba preparada para hacerlas en cualquier lugar. Antes de salir se enjuagó la cara y bebió un poco de agua con las manos. Aunque no se sentía mal, la cerveza le había dejado algo mareada y con un extraño sabor

de boca. Le parecía una locura estar bebiendo en un tren, con dos chicos que acababa de conocer. Echó una última mirada al espejo y le sorprendió descubrir esa sonrisa en su propio rostro.

Cuando descorrió el pestillo y abrió la puerta, uno de los chicos estaba allí esperándola, con el brazo apoyado seductoramente en el marco.

- Hola.

- ¿Qué haces aquí?

- Sabes que me pareces preciosa, ¿verdad? He notado cómo me mirabas antes, tú también me gustas mucho.

Magda estaba desarmada. Se quedó con las manos abiertas y los brazos a la altura del pecho, como si fuera a dar un empujón pero en el último momento le fallaran las fuerzas. Miró a su alrededor, buscando instrucciones acerca de la forma adecuada de reaccionar. Fue entonces cuando se dio cuenta de que sus labios se habían separado.

Él la besó con fuerza. Magda Karniewska contempló toda la escena que siguió al beso desde el techo del aseo, sin conseguir sentir nada. De vez en cuando le daba órdenes al cuerpo que había allí abajo, con la falda por el ombligo, para que se agarrara a los bordes del lavabo metálico y no se cayera.

Él salió antes que ella del baño, pero con la puerta aún entreabierta se confesó:

- Es la primera vez que lo hago en un tren.- y le dio un beso en la mejilla. Ella se calló que era la primera vez absoluta que lo hacía y se limitó a quedarse allí de pie, esbozando una especie de sonrisa.

Cuando Magda regresó a su compartimento las cortinas estaban corridas. Eso le permitió ver su reflejo en el cristal de la puerta, con un pico de la blusa asomando por fuera de la falda. Se remitió cuidadosamente la prenda y abrió la puerta.

Los chicos estaban agarrando su equipaje.

- Nosotros nos bajamos aquí, en Breslavia Oeste. Ha sido un placer conocerte, que vaya bien.

- Sí, que vaya bien.- añadió el segundo.

- Sí, gracias. Igualmente.- la inmediatez de la situación la aturdió.

Magda volvió a ocupar su asiento y entonces percibió que el paisaje nevado había sido sustituido por una serie de andenes idénticos y una multitud que arrastraba bultos y se movía en todas direcciones. Alguien hizo sonar un silbato y el tren reanudó la marcha, introduciéndose en un túnel a los pocos segundos. Ahora el vagón se movía en la oscuridad, o no se movía, a Magda le resultaba difícil distinguirlo. Tras un tiempo indefinido que podían haber sido muchos o pocos minutos, la oscuridad retrocedió. Aparecieron más andenes y más gente en movimiento.

- ¡Breslavia Central!- gritó una voz grave por el corredor.

Magda se apresuró a bajar su maleta del portaequipajes. Mientras la arrastraba por el pasillo le invadió la sensación de que se había dejado algo importante en casa. Cuando llegó al extremo del vagón, el revisor la ayudó amablemente a bajar el equipaje a la plataforma. Se quedó parada un rato en el andén, sin saber muy bien adónde dirigirse. Nunca había estado allí, no se atrevía a comenzar a andar en ninguna dirección. La gente que la rodeaba, en cambio, parecía llevar mucha prisa y tenerlo bastante claro.

Algunos la sorteaban, otros la apartaban a empujones. De repente empezó a preguntarse qué demonios hacía allí. Y se sintió desgarradoramente sola.

-15°C

El viento del nordeste que soplaba aquel día cortaba la cara como un cuchillo fabricado en hielo. El cielo gris se fundía con los bloques de hormigón, convirtiendo la ciudad en una masa informe y cenicienta.

- ¡Disculpe, caballero! Su identificación, por favor.- el tono imperativo del policía iba cargado de tanta vehemencia que dejó al hombre congelado.

- ¿Qué pasa?- tras la sorpresa inicial, que lo había parado en seco, intentó recuperar su postura contestataria habitual.

- A su edad ya debería saber que no se puede cruzar por aquí. Va a recibir una sanción administrativa por esta infracción.

- Muy amable, agente. Le deseo que tenga un día productivo.- se despidió con sorna.

Marek hizo una bola con el papel de la multa, en sus gigantescas manos parecía una canica arrugada, y la tiró en la primera papelera que encontró. Había ciertas convenciones cívicas que sí le parecían dignas de respetar. Otras, en cambio, eran miserables formas de recaudar, de cargar al ciudadano con el peso tributario de una mala gestión pública. Ese maldito guardia fingiendo que no se escondía detrás de la marquesina... Por el único sitio donde se puede llegar a la estación en línea recta desde la boca del metro... Si quisieran hacer las cosas honestamente habrían puesto un semáforo y no una sanguijuela vestida de uniforme.

-¡Bah!, qué más da... Que me busquen. Si consiguen encontrarme allí a donde voy les pagaré con gusto su maldita multa. Puede que hasta los invite a una cerveza.

Antes de cruzar la puerta de entrada a la estación, Marek volvió la cabeza para echarle un último vistazo al Palacio de Cultura y Ciencia. Ese mastodónico delirio estalinista se había convertido en el símbolo arquitectónico de la ciudad, por mucho que les doliera a sus habitantes. Doscientos treinta y siete metros de cemento en vertical ocupando una superficie en la que cabrían cien piscinas olímpicas, una colmena de ventanas tallada por un demente sin gusto, que te recuerda cada día lo insignificante y prescindible que eres.

Marek apretó los dientes y una sombra le cruzó el rostro. No le daba ninguna lástima abandonar Varsovia, le parecía un lugar feo y hostil, donde había perdido todo lo que alguna vez tuvo. Se sentía vapuleado por la urbe, sin fuerzas para levantarse de la lona y aguantar otro asalto. Antes le gustaba decir que era de los que nunca se rendían. En el hall de la estación dirigió su mirada al enorme panel de información, y de ahí al reloj de agujas que colgaba sobre las escaleras mecánicas que llevaban a los andenes subterráneos.

- Tengo tiempo para echarme la última.

Tampoco le quedaba dinero para mucho más que eso. Había preferido abandonar el apartamento por su cuenta, antes de que llegara el delegado judicial y tuviera que sufrir la vergüenza de que lo echaran de su propia casa. Allí ya no quedaba nada de valor, así que le bastó esa vieja maleta de cartón para guardar lo poco que merecía la pena llevarse. Demonios, no había hecho uso de la valija desde que tenía veintitantos años. Por un

instante se acordó del joven que llegó a la capital con su chaqueta de lana mal cortada, un paquete de tabaco negro y ciento diez kilos de ambición. Seguía igual de fuerte que entonces, pero más curtido. Los golpes de la vida le habían encallecido la sensibilidad, el alma se le había disuelto en alcohol y una cicatriz irregular le cruzaba la mejilla derecha, recuerdo de una pelea que su memoria ebria no conseguía fijar. La maleta ahora sólo contenía un par de mudas, un cepillo de dientes con las cerdas abiertas y un libro desgastado, la única posesión que le había sobrevivido al paso por la capital.

Marek bajó la primera sección de las escaleras mecánicas y se metió en el segundo antro que vio. Llamar bar a aquel agujero apestoso sería poco honesto. El gigante tomó asiento frente a la barra, en un taburete tapizado con plástico que quería ser cuero, el único que no estaba rajado. Los demás dejaban asomar sus entrañas de gomaespuma amarilla, heridas de mil noches etílicas.

- Un vaso de cien. De vodka blanco.

El barman vertió con un gesto dominado los cien mililitros exactos de alcohol, mucho más transparente que el vaso en el que estaba siendo servido. Esta vez, Marek no se acabó la copa de un trago. Intentó disfrutar cada sorbo, prestándole atención al sabor de lo que estaba bebiendo. En el pueblo no iba a ser tan fácil empinar el codo, con la entrometida de su hermana controlando todo lo que hacía. Ni siquiera podía contar con la complicidad de su cuñado, un mequetrefe que se mareaba al abrir una botella de vino. De repente, alguien le tironeó de la manga del abrigo.

- Compadreeee... Una moneda para un trago.

- ¡Déjame en paz, viejo!- pegó un tirón de su brazo con tanta fuerza que el mendigo cayó de bruces.

Hoy no quería que lo molestaran, tampoco quería admitir que ya no le quedaba dinero ni para dar limosna. Sin embargo, no quería pagarlo con aquel pobre hombre. De alguna forma le recordaba a su abuelo, con aquellas arrugas de expresión que hablaban de una vida dura, donde cualquier estupidez moderna era un lujo. Se acordó de que nunca había visto el mar e intentó recuperar la imagen de su padre ausente. Le dijeron que murió en un accidente naval frente a la costa de Jutlandia, apenas podía recordar su rostro.

- ¡Camarero! Sírvele una cerveza a este señor.

- Gracias, amigo...

Marek asintió en silencio, mientras con la mirada le dejaba claro que no quería entablar conversación alguna. El anciano lo entendió, cogió la lata que le ofrecía el barman y salió sin decir nada.

Sentado en su taburete le asaltó una tremenda nostalgia. Antes era más fácil entenderse con la gente, se prestaba atención a los demás. Hoy, con tanta pantalla y basura digital, los jóvenes ya no sabían ni hablar. Todo el día apretando el dedito contra esos cacharros. Marek rebuscó en sus bolsillos, sin encontrar el billete de veinte zlotys que creía que le quedaba. No le apetecía meterse en el vagón antes de tiempo. Echó un vistazo a su reloj de pulsera, aún faltaban diez minutos para que saliera el tren. Su andén estaba a la vuelta de la esquina, bajando las escaleras.

- Oye, ¿cuánto me das por este reloj?

- A ver, déjame que lo vea...- dijo el barman acercándose mientras secaba un vaso.

- Es de acero inoxidable, de verdad. No se ha atrasado ni un minuto desde que lo compré. Me costó doscientos zlotys.

- Sí, seguro... ¿Me has visto cara de tonto, amigo? Te relleno dos veces, pero te aviso que esto no es una casa de empeños.

- Te lo agradezco.

Tener que morderse la lengua le dolió más que deshacerse de aquel regalo de compromiso. Desde que Kasia se fue, lo poco que le quedaba de apego a una vida anterior se había desvanecido. El día que regresó al apartamento y se lo encontró vacío no se sorprendió lo más mínimo. Siendo honesto, Kasia no lo había abandonado: él la había echado. Nunca tuvo agallas para dejarla, así que forzó la situación hasta que se rompió. A su juicio, ella aguantó más de lo que era razonable. No había cumplido ninguna de las promesas que alguna vez le hizo, ni siquiera ninguna de las que se había hecho a sí mismo. Sentado en aquel taburete no se explicaba cómo podían haberse torcido tanto las cosas. Fue el único de la clase del señor Juszczuk que consiguió salir del pueblo. Ese triste lodazal donde lo más valioso que crecían eran nabos. No entendía cómo un hombre como el señor Juszczuk pudo acabar atrapado en un lugar semejante. La forma que tenía de mirar y hablar era distinta a la de los otros hombres del pueblo, sus manos también. Estaba impedido de una pierna y la arrastraba pesadamente al caminar. Nunca les hacía cantar el himno al empezar la clase, sólo cuando venía el inspector. Esos días también sacaba una foto enmarcada de su cajón, le pasaba un trapo y la colgaba encima de la pizarra. No le gustaba responder a las preguntas sobre el hombre de la foto, que entre los chicos se ganó el

apodo de "El Bigotes". Cuando el señor Juszczyk se enteró de que Marek se marchaba a la capital, vino a despedirse, arrastrando su pierna muerta con angustiosa lentitud. Le dijo que se alegraba de que siguiera ese camino, que no le hubiera gustado verlo desperdiciar su talento sembrando patatas. También le dijo que nunca se traicionara a sí mismo, que eso suponía morir de cierta forma, ni que dejara que otros tomaran decisiones por él, que un hombre libre tenía que ser dueño de su propia vida. Le regaló un libro con ilustraciones y evidentes señales de uso.

Ya en Varsovia, Marek descubrió que "El Bigotes" se llamaba Iósif Vissariónovich Stalin, y que había que tener cuidado con lo que se decía de él, según en qué lugares. Cuando se dispuso a comprar un ejemplar nuevo del libro que le había regalado el señor Juszczyk, para obsequiárselo en su próxima visita al pueblo, también descubrió que era un libro prohibido, los librereros se ponían nerviosos sólo de nombrarlo. De cualquier forma, nunca regresó. Hasta ahora. Menos mal que siempre se puede contar con la familia. Su hermana se casó con el primer paleta que le propuso matrimonio y se instalaron en casa del abuelo. Cuando este murió, le añadieron otra planta para ubicar los cuartos de unos hijos que nunca llegaron. Ni para eso servía el inútil de Pawel.

A Marek le hubiera gustado tener tres hijos: dos niños y una niña. Kasia y él decidieron esperar a que consiguiera el ascenso en la fábrica, así podrían mudarse a un apartamento con dos dormitorios, para eso se partía el pecho cada día desde que salía el sol. Había renunciado al puesto que le consiguió su suegro: una cómoda plaza de conserje en la Facultad de Medicina. Le gustaba jactarse de que se había hecho a sí mismo, de que no le debía nada a nadie, y no pensaba aceptar la beneficencia de ese viejo arrogante.

Todos sus compañeros fueron abandonando la planta de prensado para ocupar cargos mejores, mientras él seguía maltratando su espalda por un sueldo de peón. Piotr siempre le advirtió que guardara las formas con el supervisor, pero Marek tenía demasiado orgullo para lamerle el culo a un enchufado del partido. Sin embargo, cuando le negaron el aumento que le correspondía por la producción del quinquenio, fue demasiado. "Actitud individualista. Insubordinación continuada. Falta de conciencia social" rezaba el informe amonestador. Al día siguiente, Marek picó su tarjeta y se incorporó a su puesto como cada día. Cuando acabó la jornada, acompañó a los demás a la cantina, aunque él no tenía nada que celebrar. A todos les extrañó que apareciera por allí el supervisor, no se solía mezclar con los operarios.

"- ¡Enhorabuena, señores! Hemos superado a la planta de Nowa Huta en producción, a pesar de contar con tecnología inferior. Pueden estar orgullosos de sí mismos. Ejemplos de superación como el del pequeño Wladek son la inspiración que nos conduce a la excelencia."

Wladek era un chico enfermizo de diecinueve años que apenas llevaba uno en la fábrica. Marek le había enseñado todo lo que sabía y le cubría las espaldas cargando con su parte de la producción cuando aquella neumonía recurrente hacía acto de presencia. Todos en la planta lo sabían, incluidos los mandos intermedios. Aquella noche el gigantón no tenía ganas de hablar, así que llenaba su silencio con tragos. Cuando el supervisor comenzó a dar su discurso, Marek casi se había soplado una botella él solo. Antes de que llegara a la parte del futuro glorioso de la nación le había partido una banqueta de madera maciza en la cabeza. No acabó en prisión porque sus compañeros intercedieron por él.

Con la apertura al libre mercado entraron en vigor nuevas prácticas, nadie quería contratar a alguien de su edad. Durante un tiempo siguió levantándose al ser de día para recorrer los talleres, las fábricas, los mercados. Cuando se cansó de que le dieran con la puerta en las narices, comenzó a levantarse sólo para ir al bar. Cuando se bebió lo que les quedaba en el banco, cambió el bar por la tienda de licores.

El alcohol era lo único que le anesthesiaba aquella quemazón en el pecho que era su maldito orgullo agonizando. De nuevo lo sentía aullar.

- ¡Camarero! ¿Cuánto me das por una edición de Bruno Schulz de antes de la guerra?

En el andén contiguo se oyó un silbato.